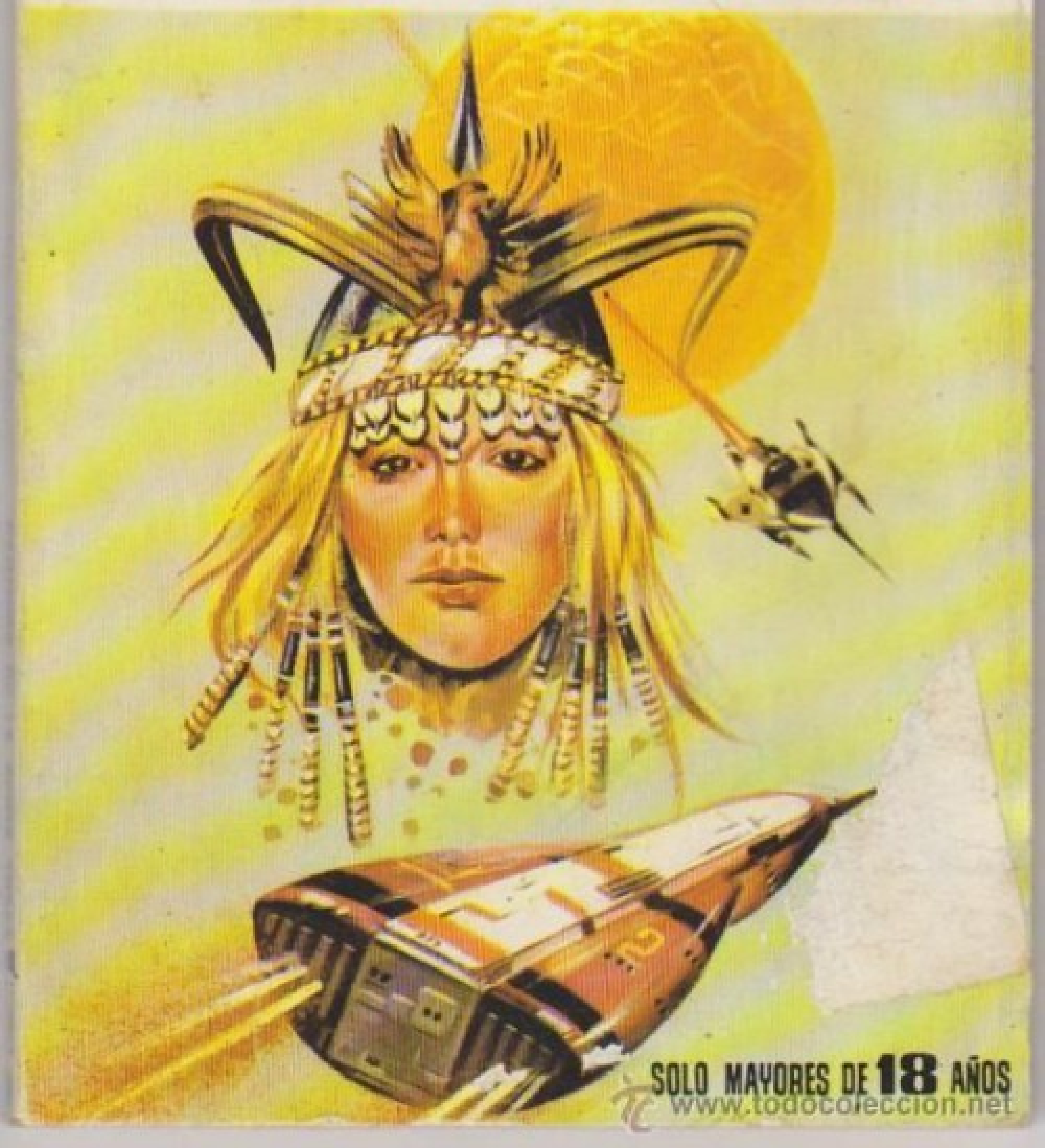
La conquista del ESPACIO

CAUTIVOS DE LA REINA THALA

Joseph Berna

BOLSILIBROS BRUGUERA

CIENCIA FICCION



SOLO MAYORES DE 18 AÑOS

JOSEPH BERNA
CAUTIVOS DE LA REINA THALA

CAPITULO PRIMERO

La pequeña nave permanecía muy quieta entre los árboles de aquel frondoso bosque, en una posición que permitía adivinar que no se había posado en aquel lugar voluntariamente, sino obligada por las circunstancias.

Y así era, en realidad.

La nave se había precipitado literalmente sobre el bosque, sin que Stefan Korner, el piloto, pudiera hacer nada por evitarlo, porque los mandos no funcionaban.

Afortunadamente, las ramas de los árboles amortiguaron el choque, que hubiera sido terrible de haber caído en una zona despejada y dura.

Aun así, el violento aterrizaje sacudió la pequeña nave de tal manera, que todos sus tripulantes perdieron el conocimiento. Por fortuna, los cinturones de seguridad respondieron y no permitieron que las seis personas que viajaban en la nave saltasen de sus asientos y rodasen como pelotas por el interior de la misma, rompiéndose unos cuantos huesos al chocar una y otra vez contra las paredes de la nave.

La pequeña nave, tras quebrar un montón de ramas y algún que otro tronco, tomó contacto con el suelo, rebotó unas cuantas veces en él, y finalmente quedó quieta, ladeada, casi a punto de vencerse hacia su izquierda, con lo que hubiera quedado boca arriba.

Hacía ya algunos minutos que se había producido el forzado y violento aterrizaje, pero los seis tripulantes seguían sin sentido.

Se trataba de tres hombres y tres mujeres, todos ellos miembros de la tripulación de la «GALACTICA-V», astronave terrestre dedicada exclusivamente a viajes de exploración espacial.

Stefan Korner era el segundo de a bordo. Tenía veintiocho años, el pelo oscuro, y las facciones agradables. Rozaba el metro ochenta

de estatura, y su constitución física era envidiable.

Alexander Grothum, comandante de la «GALACTICA-V», había encomendado a Stefan Korner una misión de reconocimiento, lo cual solía hacer muy a menudo.

El segundo de a bordo, en esta ocasión, había elegido como acompañantes a Miklos Bask, Ulli Kaltz, Karin Schmit, Dana Glans y Olga Welzl.

La pequeña nave surcaba tranquilamente el espacio sideral, lejos ya de la «GALACTICA-V», cuando, de repente, se vio atrapada por un campo de fuerza, que la arrastró irremisiblemente hacia un pequeño mundo, no mayor que la Luna, el satélite terrestre.

Los mandos de la nave quedaron bloqueados, así como el telecomunicador, por lo que Stefan Korner no pudo informar al comandante Grothum de lo qué sucedía.

Minutos después, la pequeña nave se estrellaba contra la superficie de aquel planeta desconocido. Y menos mal que cayó sobre el frondoso bosque, porque de no haber sido así, hubiera podido costarles la vida a los seis tripulantes.

Stefan Korner fue el primero en volver en sí.

En seguida se dio cuenta de que la nave se hallaba muy vencida hacia su izquierda. Pero, al menos, estaba entera.

A través del mirador de la nave, Stefan contempló los árboles cuyas ramas les habían servido milagrosamente de colchón.

—Bendito bosque… —murmuró, mientras soltaba el cinturón de seguridad.

Después, se levantó y alcanzó el sillón del copiloto, ocupado por Miklos Bask, al cual zarandeó.

—¡Eh, Miklos! ¡Despierta!

Miklos Bask, de veintisiete años de edad, pelo negro, muy rizado, con una estatura que se aproximaba al metro noventa y una complexión poderosa, abrió los ojos.

—¿Dónde estamos? ¿Qué ha pasado?

—Caímos en un campo magnético, ¿recuerdas?

—Oh, sí, el campo magnético… No pudimos salir de él y nuestra nave se precipitó contra un pequeño planeta.

—Exacto. Y en él estamos, Miklos.

—Caímos en un bosque, ¿no?

—Sí, tuvimos mucha suerte. Si hubiéramos caído entre

montañas, o en una planicie, nuestra nave se hubiera hecho pedazos. Y nosotros también, claro. Estos árboles nos salvaron la vida.

—¿Cómo están los demás, Stefan?

—Inconscientes, todavía. Vamos, ayúdame a reanimarlos.

—En seguida.

Miklos Bask abrió su cinturón de seguridad, se levantó del sillón, y se ocupó de Dana Glans, que estaba tras él.

Dana contaba veinticuatro años de edad, y era una muchacha muy atractiva. Llevaba el cabello teñido de azul.

Stefan Korner estaba atendiendo ya a Karin Schmit, de veintitrés años, cabello rubio platino, rostro precioso, y silueta perfecta.

Ulli Kaltz volvió en sí sin ayuda de nadie.

—¿Qué diablos...? —fue lo primero que dijo, apenas abrir los ojos.

Stefan le sonrió e indicó:

—Ocúpate de Olga, Ulli. Luego hablaremos de lo que nos pasó.

Ulli Kaltz se desabrochó el cinturón de seguridad, abandonó su asiento con cuidado, porque la pendiente del piso de la nave era muy pronunciada, debido a su inclinación, y atendió a Olga Welzl.

Ulli tenía veintiséis años, el pelo rojizo y rebelde, la cara pecosa, y el mentón afilado. Era alto y espigado, pero poseía una gran fortaleza física, aunque a primera vista no diese esa impresión.

Olga, de veinticinco años de edad, era una morena guapa y de cuerpo escultural, simpática, alegre, divertida. Ulli sentía una especial predilección por ella, y se lo demostraba siempre que tenía ocasión.

Algo similar sentía Miklos por Dana. Y Stefan por Karin.

Eran tres parejas que se llevaban muy bien, aunque a veces no lo pareciese.

Dana Glans ya había despertado, ayudada por Miklos Bask.

—¿Qué ha ocurrido, Miklos...?

—Nos estrellamos contra un bosque.

—¿Y cuántos huesos nos hemos roto?

—Yo, ninguno.

—Qué suerte. Seguro que yo me he roto tres o cuatro.

—Lo comprobaré —dijo Miklos, y tanteó con sus grandes manos los muslos, las caderas y los senos de Dana.

Ella le frenó, cuando hizo esto último.

—¿Qué haces? —gruñó.

—Asegurarme de que no tienes ningún hueso roto.

—¿Y desde cuándo las mujeres tenemos huesos en los pechos?

El zorro de Miklos tosió.

—Estaba tanteando tus costillas, no tus pechos.

—¿A que te tanteo yo a ti la cara?

—Eres una desagradecida, Dana. Me preocupo por ti, y me amenazas con darme una bofetada.

—Existe una gran diferencia entre preocuparse y aprovecharse, rico.

—¿Quién se estaba aprovechando?

—Tú.

—Rechazo de plano tu acusación.

—Y yo rechazo tu ayuda. Anda, lárgate.

—Ingrata —rezongó Miklos, y se apartó de Dana.

Karin Schmit también había vuelto en sí, gracias a las atenciones de Stefan Korner.

—;Estás bien, Karin?

—Sí.

—Me alegro.

—¿Qué ha pasado, Stefan?

—Caímos en un bosque.

—¿Y la nave...?

—Todavía no sé los daños que pudo sufrir, pero espero que no sean tan graves como para impedirnos salir de aquí.

—¿Sabe el comandante Grothum que...?

—No, todavía no he intentado ponerme en comunicación con él. Confío en que el telecomunicador no se haya averiado. Aunque, tras una caída tan violenta... Karin Schmit se estremeció ligeramente.

—Sería terrible que no pudiéramos abandonar este planeta desconocido, ni informar al comandante Grothum de la situación en que nos encontramos.

Stefan Korner sonrió ligeramente y le acarició el rostro con suavidad.

—No pierdas la esperanza tan pronto, Karin. Te prometo que saldremos de aquí. Confía en mí.

—Siempre he confiado en ti, Stefan —respondió la joven,

devolviéndole la sonrisa.

—Acabas de ganarte un beso —dijo el segundo de a bordo de la «GALACTICA-V», y se lo dio.

Como Karin Schmit no protestó, Miklos Bask miró a Dana Glans y rezongó:

—¿Te das cuenta, Dana? Karin es una chica agradecida, y no se enfada porque Stefan le haya dado un beso.

—No se enfada porque Stefan es mucho más respetuoso con ella que tú conmigo —replicó Dana.

—Eso no es cierto.

—Olvídame, anda.

—Es posible que lo haga, ¿sabes?

—¿El qué?

—Olvidarme de ti.

—No tendré esa suerte.

—Lo lamentarías, te lo advierto.

—¡Ja!

Stefan Korner intervino:

—¿Queréis dejar de discutir? Tenemos cosas más importantes que hacer.

Miklos y Dana se callaron.

Entretanto, Ulli Kaltz había conseguido reanimar a Olga Welzl, quien, con su buen humor de siempre, preguntó:

—¿Estamos vivos o muertos?

—Vivos —sonrió el pelirrojo.

—Demuéstramelo, Ulli.

—¿Cómo?

—Pellizcándome algo.

—¿El qué?

—Lo que más te guste de mí.

—Me temo que no está a la vista. La morena rió y le dio una bofetadita.

—Eres un sinvergüenza, Ulli.

—Un sinvergüenza que está loco por ti.

—¿Por mí... o por mi cuerpo?

—Por las dos cosas.

—Vamos, pellízcame de una vez. Pero no donde antes estabas pensando, ¿eh?

El pelirrojo rió y le pellizcó la barbilla.

—¿Has sentido algo, Olga?

—Sí.

—Ahí tienes otra chica agradecida, Dana —dijo Miklos.

—Cómprate un asteroide y piérdete en el espacio sideral, anda —rezongó Dana Glans.

Miklos iba a replicar, cuando sonó la voz de Stefan Korner:

—No empecéis a discutir de nuevo, maldita sea. Es hora de trabajar. Tenemos que averiguar en qué condiciones se encuentra la nave, después de lo ocurrido. Vamos, moveos.

Miklos, Dana, Karin, Ulli y Olga obedecieron. Stefan intentó establecer comunicación con la «GALACTICA-V», pero el sistema eléctrico estaba seriamente averiado y la pantalla del telecomunicador ni siquiera llegó a encenderse.

Los motores, por supuesto, se negaron a funcionar. Los daños sufridos por la nave, tras la aparatosa caída, eran muy graves.

Tardarían varios días en reparar todas las averías.

Por el momento, era imposible salir de aquel planeta desconocido.

Estaban solos e incomunicados.

No podían pedir ayuda al comandante Grothum. El panorama, desde luego, no podía ser más sombrío.

CAPITULO II

Stefan Korner observó a sus compañeros, cuyos rostros denotaban una gran preocupación.

—Las cosas están peor de lo que yo pensaba, muchachos —reconoció—. Sin embargo, no debemos desesperar. El comandante Grothum intentará ponerse en comunicación con nosotros, y cuando vea que no es posible, adivinará que estamos, en dificultades y vendrá en nuestra ayuda.

—El comandante no sabe dónde estamos, Stefan —repuso Miklos Bask.

—Nos encontrará, no temas.

—Si la «GALACTICA-V» cae en el campo de fuerza, le ocurrirá lo mismo que a nosotros —dijo Dana Glans—. Se verá arrastrada hacia este mundo desconocido y se estrellará contra él.

—Dios mío, eso significaría la muerte del comandante Grothum y el resto de la tripulación —murmuró Karin Schmit, estremeciéndose perceptiblemente.

—¡Tenemos que avisarles! —exclamó Olga Welzl.

—¿Cómo? —preguntó Ulli Kaltz—. El telecomunicador no funciona, y tardaremos mucho en repararlo. Y hasta es posible que no lo consigamos nunca.

—No digas eso, por favor —suplicó Dana, palideciendo.

—¿Por qué no? Es una posibilidad, y hay que pensar en ella. Las averías que sufre la nave son muy serias, todos lo sabemos. Quizá logremos repararlas y quizá no.

Las palabras del pelirrojo Ulli produjeron. un escalofrío general.

Stefan Korner, por su condición de segundo de a bordo de la «GALACTICA-V», se vio en la obligación de tranquilizar a sus compañeros y dijo:

—No debemos dramatizar nuestra situación, muchachos. Es

mala, ya lo admití antes, pero no desesperada. Sé que podemos reparar todos los daños que sufrió la nave, aunque el comandante Grothum no venga en nuestra ayuda. Es sólo cuestión de tiempo. En cuanto a lo de avisar al comandante, para que la astronave no se vea atrapada por ese campo magnético, no creo que sea tan necesario. La «GALACTICA-V» es una astronave poderosa, y estoy seguro de que podrá vencer la atracción de ese campo de fuerza. No se estrellará contra este pequeño planeta, podéis estar tranquilos. El comandante Grothum y nuestros compañeros no corren peligro de muerte. Sólo se llevarán un buen susto, si caen en el campo magnético; pero saldrán de él sin mayores dificultades.

La expresión de Miklos, Dana, Karin, Ulli y Olga cambió, tras las alentadoras palabras de Stefan Korner.

—Creo que Stefan tiene razón, muchachos —dijo el primero—. Ese campo magnético no podrá con nuestra astronave, es demasiado poderosa. El comandante Grothum hallará este planeta y nos sacará de apuros. Aunque le será un poco difícil encontrarnos en este bosque, porque los árboles ocultan perfectamente nuestra nave.

—Eso es verdad —habló Dana—. Deberíamos hacer algo para indicar nuestra posición al comandante.

—Sí, yo opino lo mismo —dijo Olga.

Stefan Korner cabeceó afirmativamente.

—Estoy de acuerdo con vosotros. No nos conviene que los árboles oculten nuestra nave, así que los derribaremos.

—¡Excelente idea! —aplaudió Karin. Stefan sonrió y añadió:

—No dejaremos un solo árbol en un radio de cincuenta metros. Cuanto mayor sea el claro que formemos en el bosque, más fácilmente será descubierta nuestra nave por el comandante Grothum.

—¡Empecemos cuanto antes, Stefan! —pidió el fornido Miklos.

—Ahora mismo —respondió Korner.

***

Antes de salir de la pequeña nave, Stefan Korner se aseguró de que la atmósfera del planeta era perfectamente respirable, lo que evitó que tuvieran que recurrir a las escafandras y las correspondientes botellas de aire.

Stefan comprobó también que la gravedad de aquel pequeño mundo era similar a la de la Tierra, por lo que tampoco hubo

necesidad de calzarse botas espaciales para contrarrestar la falta de gravedad.

El termómetro exterior de la nave marcaba una temperatura que podía considerarse ideal: 25° C.

Se trataba de un planeta cálido, no cabía la menor duda.

Reunía todas las condiciones necesarias para que pudiese existir vida humana en él.

¿Existiría...?

Era lo que se preguntaban Stefan Korner y sus compañeros desde que decidieran salir de la nave para cortar los árboles.

Podía existir vida humana o no, pero era seguro que sí existía vida animal, porque los micrófonos exteriores de la nave captaban el canto lejano de algunos pájaros.

Y, si había pájaros en aquel bosque, también podía haber fieras salvajes, como en cualquier bosque de cualquier mundo.

De ahí que Stefan Korner y sus compañeros descendiesen de la nave prudentemente armados con pistolas de rayos láser y fusiles de rayos ultravioleta.

Si se veían atacados por algún animal salvaje, darían buena cuenta de él.

El descenso de la nave lo realizaron de uno en uno y con mucho cuidado, a causa de su peligrosa inclinación.

Cuando estuvieron todos abajo, y después de echar una ojeada a los alrededores de la nave, Stefan Korner dijo:

—Todo parece tranquilo, así que manos a la obra. El primer árbol que debemos derribar, es éste —señaló el tronco del que impedía que la nave se posase normalmente sobre la tierra.

Disponían de dos sierras eléctricas. Miklos y Ulli cargaban con ellas. El primero dijo:

—Yo me encargo de él, Stefan.

—Sabes dónde tienes que aplicar la sierra, ¿verdad?

—A la base del tronco, naturalmente.

—En efecto, pero debes atacar el tronco por este lado, para que el árbol caiga hacia allá. Si aplicas la sierra en el lado opuesto, el árbol caerá sobre nuestra nave —explicó Stefan.

—¡Toma!, eso yo no lo sabía —confesó Miklos.

—Yo sí lo sabía —dijo Ulli—. Mi abuelo era leñador.

—Ahora me explico por qué tienes cara de hacha y cuerpo de

mango.

El pelirrojo levantó el puño.

—¡Te voy a... l

—¡Eh, que sólo ha sido una broma! —exclamó Miklos; dando un salto hacia atrás.

Stefan, Karin, Dana y Olga reían alegremente.

Ulli, que estaba menos enfadado de lo que parecía, bajó el puño y rezongó:

—Está bien, gracioso. Derriba el árbol de una vez, si es que sabes.

—Te cedo el honor, Ulli.

El pelirrojo sonrió burlonamente.

—Temes que el árbol caiga sobre la nave, ¿eh, Miklos?

—En absoluto —rió el musculoso Bask—. Pero, puesto que eres nieto de un leñador...

—De acuerdo, yo lo derribaré.

Ulli aplicó la sierra a la base del tronco.

—¡Sálvese quien pueda! —exclamó Miklos, burlón, y echó a correr.

Stefan, Karin, Dana y Olga se limitaron a apartarse, riendo.

La precaución sobrada, porque Ulli cortó magistralmente el tronco y el árbol cayó en la dirección que debía caer.

Stefan y las chicas se pusieron a aplaudir.

—¡Bravo, Ulli! —exclamó el primero.

—¡Has estado genial! —dijo Karin.

—¡Magnífico de verdad! —añadió Dana.

—¡Eres un maestro.con la sierra eléctrica! —aseguró Olga.

El pelirrojo agrandó el pecho y buscó a Miklos Bask con la mirada.

—¿Dónde está esa rata de Miklos?

—¡Aquí! —respondió Bask, asomando la cabeza por detrás de un árbol.

—¿Qué dices ahora, Miklos...?

—¡Viva tu abuelo! ¡Eso es lo que digo!

Ulli Kaltz se echó a reír, siendo imitado por Stefan, Karin, Dana y Olga.

***

Miklos Bask y Ulli Kaltz llevaban ya varios minutos cortando

árboles, y la verdad es que los dos lo hacían muy bien.

Stefan Korner y las chicas vigilaban los alrededores, atentos a la posible aparición de alguna fiera hambrienta. Hasta el momento presente, sin embargo, no había habido el menor motivo de alarma.

Todo seguía la mar de tranquilo.

La pequeña nave, posada ya normalmente en el suelo, desde que fuera derribado el árbol que la obligara a mantenerse inclinada, estaba en el centro del claro que los terrestres estaban formando en el bosque, y que cada vez se agrandaba más.

Si la «GALACTICA-V» sobrevolase en aquel momento la superficie del planeta, seguramente podría ya detectar la pequeña nave.

No obstante, y para ser descubiertos más fácilmente, Stefan Korner dejó que Miklos y Ulli continuasen derribando árboles, hasta que el radio del claro fuera de unos cincuenta metros, aproximadamente.

De pronto, Karin Schmit dio un respingo y exclamó:

—¡Stefan!

—¿Qué ocurre, Karin?

—¡Hay alguien allí!

—¿Dónde?

—¡Detrás de aquellos árboles!

—Yo no veo a nadie, Karin.

—¡Era un hombre, Stefan! ¡Lo vi perfectamente!

CAPITULO III

Miklos Bask y Ulli Kaltz habían interrumpido su tarea al oír las palabras de Karin Schmit. Al igual que Stefan Korner, miraba hacia el lugar en donde Karin aseguraba haber visto a un hombre, pero tampoco ellos descubrían nada.

Dana Glans y Olga Welzl se habían acercado a Karin Schmit con los fusiles de rayos ultravioleta firmemente empuñados.

—¿De verdad viste a un hombre, Karin...? —preguntó la primera, escrutando los árboles que señalaba su compañera.

—¡Sí, lo vi!

—¿Estás segura? —preguntó Olga.

—¡Absolutamente!

Stefan Korner inquirió:

—¿Qué aspecto tenía, Karin? ¿Era como nosotros?

—¡Sólo vi su rostro! ¡Tenía la piel morena, como si fuera un mulato, y llevaba casco!

—¿Casco?...

—¡Sí, un casco metálico! ¡Plateado, creo!

—¿Moderno o antiguo?

—¡Antiguo! ¡Como los que llevaban los romanos en las batallas!

—Entonces, debía tratarse de un guerrero...

—¡Eso me pareció a mí, Stefan!

—Está bien, cálmate. Que ese hombre sea un guerrero, no quiere decir que vaya a atacarnos.

—¡Pues no nos miraba con muy buenos ojos, te lo aseguro!

—Es natural, porque somos seres extraños para él. Lo buscaremos y trataremos de hacerle comprender que somos gente de paz. Miklos, ven conmigo.

—Sí, Stefan —respondió el robusto Bask, dejando la sierra eléctrica en el suelo y empuñando su fusil de rayos ultravioleta.

—Ulli, tú quédate con las chicas —indicó Stefan.

—De acuerdo —contestó el pelirrojo, cogiendo también su fusil.

—Vamos, Miklos.

—Tened cuidado, Stefan —rogó Karin. Korner la miró y le sonrió.

—No os preocupéis, vamos a hacernos amigos de los habitantes de este planeta.

—Ojalá —murmuró Dana.

—No tardéis, por favor —pidió Olga.

—Volveremos, en seguida, no temáis —respondió Stefan.

Después, Miklos y él caminaron hacia los árboles que señalara Karin.

Stefan también empuñaba un fusil de rayos ultravioleta.

Aparte, sujeta al cinto, llevaban los dos una pistola de rayos láser.

Alcanzaron los árboles y se metieron por entre ellos, con los ojos bien abiertos y los pabellones auriculares tensos.

—¿Ves algo, Miklos? —preguntó Stefan, con voz susurrante.

—Nada —respondió Bask, en el mismo tono.

—Avancemos un poco más. Tengo la sensación de que estamos siendo vigilados. Y no sólo por un par de ojos.

—Lo mismo me ocurre a mí, Stefan.

—Sigamos adelante, Miklos.

—¿Y si nos atacan...?

—Nos defenderemos, pero sin causarles mucho daño. No debemos utilizar nuestras armas a menos que sea absolutamente necesario.

—Entendido, Stefan.

Con todos los sentidos alerta, Stefan Korner y Miklos Bask siguieron adentrándose en la espesura del bosque.

De repente, Miklos dio un grito y se elevó bruscamente, quedando suspendido en el aire, cabeza abajo. Una cuerda cercaba su tobillo derecho.

Y la cuerda estaba atada a la rama de un árbol.

—¡Stefanl —chilló Miklos, que había perdido su fusil de rayos ultravioleta.

—¡Pisaste una trampa, Miklos!

—¡Bájame de aquí, Stefan! ¡No soy un animal! Korner sonrió.

—Tranquilo, Miklos. Te bajo en seguida —dijo, apuntando a la cuerda con su fusil.

Accionó el gatillo y surgió el rayo ultravioleta, que cortó limpiamente la cuerda.

Miklos Bask cayó de cabeza al suelo.

Y, como lo hizo desde una altura superior al metro y medio, se dio un buen bacatazo.

—¡Maldita sea! —barbotó, agarrándose la testa.

Stefan rió y le tendió la mano.

—Arriba, Miklos.

Bask se irguió, mascullando:

—Debí ponerme un casco de guerra, como el que llevaba el tipo que vio Karin. Me hubiera ahorrado un buen chichón.

—A partir de ahora, tendremos que fijarnos bien en dónde ponemos los pies. Debe de haber más trampas como ésta.

—Como caiga en otra, me voy a acordar de la madre de alguno de los habitantes de este planeta.

Stefan rió de nuevo.

—En el fondo ha sido divertido, Miklos.

—Sí, para ti —gruñó Bask—. Para mí no lo fue, te lo aseguro.

—Venga, continuemos.

Dieron unos cuantos pasos más.

No muchos, porque esta vez fue Stefan quien puso el pie en una trampa y se fue para arriba instantáneamente, quedando colgado; en el aire.

—¡Miklos...! —gritó, viéndolo todo al revés.

El fornido Bask rompió a reír con fuerza.

—¡Tenías razón, Stefan! ¡Esto es muy divertido!

—¡Deja de carcajearte y` bájame de aquí, maldita sea!

—¡Ahora mismo!

—¡Y cuidado, que yo tampoco llevo casco!

—¡Es tu problema, Stefan!

—¡Recógeme en tus brazos cuando caiga, Miklos!

—¡Lo siento, no eres mi tipo! —repuso Bask, carcajeándose de nuevo.

—¡No digas estupideces y recógeme al vuelo!

—¿Acaso me recogiste tú a mí?

—¡Lo haré `la próxima vez que caigas en una trampa de éstas!

—¡Está bien!

Miklos se disponía a cortar la cuerda que cercaba el tobillo de Stefan, con un rayo ultravioleta, cuando aparecieron varios hombres.

Todos tenían la piel morena. Eran altos y musculosos.

Además de protegerse la cabeza con un casco plateado, llevaban una especie de peto metálico, igualmente plateado, que protegía su tórax.

Los brazos y las piernas los llevaban desnudos, ya que su vestimenta consistía en una especie de falda corta. Calzaban toscas sandalias, que sujetaban a sus piernas por medio de unas largas tiras de cuero, que se cruzaban hasta quedar atadas justo debajo de la rodilla.

En ambos brazos, lucían un ancho y brillante brazalete metálico, que oprimía el nacimiento de sus poderosos bíceps, destacándolos aún más.

Por fortuna para Stefan y Miklos, las armas de aquellos guerreros eran tan primitivas como sus indumentarias.

Lanzas...

Espadas cortas...

Puñales...

Mazas de hierro con picos...

Escudos...

A pesar de ello, aquellos hombres suponían un serio peligro para la pareja de terrestres, pues eran casi una docena.

Y Stefan Korner seguía colgado cabeza abajo de un árbol, pues Miklos Bask todavía no había cortado la cuerda que le aprisionaba el tobillo.

La aparición de los guerreros los había dejado paralizados a los dos.

Y, como los guerreros se lanzaron al ataque, Stefan no tuvo más remedio que ordenar:

—¡Defiéndete, Miklos!

CAPITULO IV

Mientras Miklos Bask hacía frente a dos de los guerreros, Stefan Korner, que había perdido el fusil de rayos ultravioleta al verse izado bruscamente de una pierna, desenfundó velozmente su pistola de rayos láser y disparó contra la cuerda que le mantenía suspendido en el aire.

La cuerda se partió en el acto, despidiendo una columnita de humo, y el segundo de a bordo de la «GALACTICA-V» se precipitó violentamente contra el suelo, propinándose un batacazo similar al que minutos antes se diera el corpulento Miklos.

Este había burlado el ataque de uno de los guerreros, cuya maza de picos sólo golpeó la atmósfera.

El contraataque de Miklos, fulminante, envió al suelo al guerrero, que recibió un tremendo golpe en el cuello, propinado con el cañón del fusil que empuñaba el terrestre.

El otro guerrero intentó reducir a Miklos, golpeándole en pleno rostro con su escudo, pero el terrestre se agachó con rapidez e incrustó la culata de su fusil en la región pubiana del moreno individuo, que se derrumbó al instante, emitiendo un alarido.

Cuatro de los guerreros que seguían en pie, rodearon a Miklos Bask, con intención de atacarle por todos lados.

Los otros cinco cercaron a Stefan Korner, que se había puesto en pie de un salto, después de regular al mínimo la potencia de su pistola de rayos láser.

De esta manera, si disparaba contra los guerreros, solamente los dejaría inconscientes, en vez de carbonizar sus cuerpos, que era lo que ocurriría si disparaba con la pistola regulada a una mayor potencia.

Stefan no quería matar a ninguno de los habitantes de aquel planeta, porque entonces ya no sería posible conseguir su amistad.

Miklos pensaba lo mismo, y por eso no disparaba su fusil de rayos ultravioleta, limitándose a utilizarlo como cachiporra.

Stefan se vio atacado por uno de los guerreros que le tenían cercado, y tuvo que accionar el gatillo de su pistola.

El rayo láser alcanzó en el cuello al guerrero, que se desplomó en el acto, quedando desmadejado en el suelo.

El extraordinario poder de las armas terrestres, lejos de asustar a los habitantes de aquel pequeño planeta, los enfureció y se lanzaron todos al ataque.

Miklos tumbó a otro guerrero, golpeándole en el rostro con su fusil, pero no pudo evitar que uno de los atacantes le estrellara su escudo en la parte posterior de la cabeza y lo derribara, medio atontado por el terrible golpe.

Casi al mismo tiempo, Stefan dejaba inconsciente a otro de aquellos seres de piel morena y cuerpo musculoso, con un certero disparo de su pistola.

Sin embargo, él también resultó alcanzado por detrás.

Fue un tremendo golpe en la nuca, propinado con una lanza, que dio con sus huesos en el suelo

Miklos intentó levantarse, pero recibió un nuevo golpe en la cabeza, asestado con la empuñadura de una espada, y perdió totalmente el conocimiento.

Stefan aún estaba consciente, aunque no tenía fuerzas suficientes para recuperar su pistola y continuar la lucha.

A pesar de ello, lo intentó.

Al verle mover la mano, uno de los guerreros le atizó un patadón en la barbilla, haciéndole perder el conocimiento.

***

Desde el lugar en donde se encontraban, Ulli, Olga, Dana y Karin no podían, lógicamente, presenciar la lucha que sostenían Stefan y Miklos contra los once habitantes de aquel planeta que les habían atacado sin más ni más.

Sin embargo, sí llegaba hasta sus oídos el ruido de la pelea, aunque bastante ahogado por la distancia.

—¡Stefan y Miklos están luchando, Ulli! —exclamó Karin.

—Eso parece —murmuró el pelirrojo.

—¡Corramos hacia allí! —sugirió Dana.

—Tal vez Stefan no quiera que abandonemos la nave —observó

Ulli.

—¡Pueden necesitar ayuda! —dijo Olga.

Ulli Kaltz, tras una breve vacilación, decidió:

—De acuerdo, vamos.

Echaron a correr los cuatro.

Se habían adentrado ya en la espesura del bosque, cuando Olga Welzl pisó una trampa y quedó atrapada en el aire.

La morena se puso a chillar, mientras su cuerpo se balanceaba de la cuerda que aprisionaba su tobillo izquierdo.

—¡Socorro...! ¡Ayúdame, Ulli!

El pelirrojo, Karin y Dana se habían detenido, perplejos.

—¡Es una trampa! —exclamó Ulli.

—¡Tenemos que bajar a Olga de ahí! —gritó Karin.

—¡Yo me encargo de ello! —dijo el pelirrojo.

—¡De prisa, Ulli! —apremió Dana.

Pendientes los tres de la morena Olga, no se percataron de la aparición de un grupo de guerreros. Cuando los descubrieron, ya los tenían prácticamente encima.

Ulli, Karin y Dana intentaron hacer uso de sus fusiles de rayos ultravioleta, pero no les dio tiempo. Se vieron materialmente arrollados por los guerreros y cayeron al suelo.

El pelirrojo Ulli recibió un golpe en el cráneo y perdió el sentido en el acto.

Karin y Dana no fueron golpeadas, pero sí desarmadas con rapidez.

Después de arrebatarles los fusiles y las pistolas, fueron maniatadas con sendos pedazos de fina, pero resistente cuerda.

La morena Olga desenfundó su pistola de rayos láser, aunque sospechaba que muy poco podría hacer por sus compañeros, hallándose como se hallaba suspendida en el aire. Y cabeza abajo, además.

Efectivamente, nada pudo hacer, porque los guerreros la vigilaban mientras se ocupaban de Ulli, Karin y Dana, y cuando vieron que empuñaba su pistola, uno de ellos le dio un golpe en la mano con su lanza. Olga emitió un grito de dolor y dejó caer la pistola.

Los guerreros acabaron de atar a Ulli, Karin y Dana, y pasaron a ocuparse de Olga.

Lo primero que hicieron, fue cortar la cuerda con el filo de una de sus lanzas, provocando la aparatosa caída de la morena.

Olga chilló aun antes de que su magnífico cuerpo se estrellara contra el suelo.

Un guerrero la sujetó con fuerza, mientras otro le ataba las manos a la espalda.

—¡Soltadme, malditos! ¡Me hacéis daño, salvajes! Huelga decir que los guerreros no hicieron ningún caso a la morena.

Ni siquiera sabían lo que decía, porque no entendían la lengua terrestre.

Ellos hablaban una especie de dialecto, muy difícil de descifrar.

Olga, Karin y Dana pudieron comprobarlo cuando les oyeron cambiar algunas palabras, mientras las observaban a las tres con detenimiento.

Las muchachas se asustaron aún más de lo que ya estaban, que no era poco.

Y es que, aunque no entendían ni jota de lo que decían los guerreros, sí creían adivinar sus pensamientos por la forma en que las miraban, que era de lo más descarada.

Las estaban desnudando literalmente con los ojos. Olga no pudo contenerse y exclamó:

—¿Qué pasa, es que no hay mujeres en vuestro planeta? ¿O es que son tan feas que no vale la pena ni mirarlas?

—Será mejor que te calles, Olga —aconsejó Karin.

—No te preocupes, no pueden entendernos.

—De todos modos, hazme caso y guarda silencio.

—Me molesta que se me coman con los ojos. ¿A vosotras no?

—También, pero no podemos hacer nada para evitarlo.

—Yo me conformo con que se limiten a mirarnos —dijo Dana.

—Lo mismo digo —habló Karin.

—Me temo que no se van a conformar con eso —rezongó Olga.

La morena acertó.

Y ella fue precisamente la primera en ser tocada por las manos de uno de aquellos guerreros primitivos. El guerrero palpó el desarrollado busto de la morena.

Y con muy poca delicadeza, por cierto.

Olga enrojeció de ira.

—¡Aparta tus puercas manos de mi busto, desgraciado! —rugió,

agitándose.

El guerrero dijo algo a sus compañeros y rió.

Ellos también rieron.

Como el guerrero no dejaba de palparle, Olga siguió insultándole:

—¡Eres un maldito hijo de perra, moreno! ¡Si tuviera las manos libres, te arrancaba los ojos con mis uñas ¡Cerdo, más que cerdo! ¡Ve y tócale las tetas a tu abuela, si es que tienes, sucio bastardo!

Karin y Dana no tardaron en correr la misma suerte que su compañera, y también ellas se pusieron a gritar y a lanzar insultos contra los dos guerreros que palpaban descaradamente sus senos.

Los guerreros reían y decían cosas en su complicada lengua.

De pronto, al que tocaba el prominente busto de la morena Olga se le ocurrió bajar la cremallera del traje, hasta casi la cintura, y dejarla con los pechos al aire.

—¡Canalla! ¡Víbora! ¡Mal nacido! —rugió ella, porque el guerrero ya le estaba manoseando el busto al natural.

Los otros dos guerreros imitaron a su compañero, y también Karin y Dana quedaron con los pechos al aire. Las tres muchachas, ahora, estaban aterrorizadas. Temían que los guerreros las acabasen de desnudar y las violasen salvajemente.

Y era muy probable que ello sucediera.

CAPITULO V

Afortunadamente, los guerreros se conformaron con tocar y oprimir los desnudos bustos de las mujeres terrestres, entre risas y frases pronunciadas en su difícil lengua.

Quizá contribuyera a ello el hecho de que Ulli Kaltz volviera en sí.

El pelirrojo, al ver lo que estaban haciendo algunos de los guerreros con Olga, Karin y Dana, rugió:

—¡Dejadlas, puercos! ¡Apartad vuestras sucias manos de ellas! ¡No las toquéis, marranos!

Los guerreros lo miraron, con caras de pocos amigos.

Uno de ellos le soltó un duro revés, haciéndole sangrar por la comisura de la boca.

—¡Cobardes! ¡Si no tuviera las manos atadas, ya os diría yo!

Otro guerrero descargó su puño sobre el pecho del pelirrojo.

Ulli ahogó un grito de dolor.

—¡Cerdos!. —barbotó a continuación.

Un tercer golpe, propinado en el cuello, hizo comprender al pelirrojo que debía permanecer callado, y no volvió a insultar a los habitantes del planeta.

Dos de los guerreros lo agarraron de los brazos y lo pusieron en pie.

Después, hicieron lo propio con Olga, Karin y Dana. Mientras tanto, otros guerreros se encargaron de recoger los fusiles de rayos ultravioleta y las pistolas de rayos láser. Querían llevar consigo todas las armas terrestres.

—¿Te sientes bien, Ulli? —preguntó Olga.

—No me quejo —respondió el pelirrojo—. Podría sentirme peor. ¿Y vosotras? ¿Estáis bien? ¿Os hicieron daño esos cerdos?

—No, sólo nos toquetearon un poco los pechos. Hubiera podido

ser mucho peor.

—Sí, pensamos que iban a desnudarnos completamente —añadió Karin.

—Yo ya me veía violada por el tipo que me palpaba los senos —dijo Olga, estremeciéndose sólo de pensarlo.

—¿Qué habrá sido de Stefan y Miklos? —se preguntó Ulli.

—Debieron caer también en manos de estos individuos —adivinó Karin.

—Si es así, nos llevarán con ellos.

El pelirrojo acertó.

Los guerreros los obligaron a ponerse en movimiento, empujándolos con sus lanzas, y los llevaron junto a Stefan y Miklos, que ya habían vuelto en sí.

Tenían las manos atadas a la espalda, como ellos, y estaban vigilados por algunos guerreros.

Al ver que Karin, Dana y Olga llevaban sus trajes abiertos hasta casi la cintura, lo que las obligaba a exhibir casi totalmente sus preciosos bustos, Stefan y Miklos temieron que los guerreros hubiesen abusado de ellas.

—¿Qué os han hecho, Karin? —preguntó el segundo de a bordo de la «GALÁCTICA-V».

—Poca cosa, no os alarméis —respondió la muchacha, sonriendo levemente.

—¿Os han maltratado, Dana? —inquirió Miklos.

—No fue nada, tranquilízate —le sonrió ella.

La morena Olga añadió:

—Los tipos querían saber de qué color teníamos los pechos, y nos abrieron los trajes. Nos toquetearan un poco, pero no nos lastimaron.

—¡Canallasl —masculló Miklos.

—¿Matasteis a alguno de ellos, Ulli? —preguntó Stefan.

—No, cayeron sobre nosotros por sorpresa y no nos dejaron utilizar nuestras armas —explicó el pelirrojo.

—Nosotros tampoco matamos a ninguno, así que aún podemos hacernos amigos de esta gente.

—No sueñes despierto, Stefan.

—¿Lo ves imposible, Ulli?

—Absolutamente imposible.

—¿Por qué?

—Esta gente es muy belicosa, Stefan. Son guerreros. Luchadores. Hombres agresivos. Nos atacaron y nos han hecho prisioneros. No esperes que nos suelten. Por su propia voluntad, al menos. Como no venga el comandante Grothum y nos rescate, lo vamos a pasar muy mal.

—Yo no soy tan pesimista como tú, Ulli. Es de suponer que estos guerreros nos lleven a presencia de su jefe. Si lo hacen, hablaré con él y trataré de convencerle de que...

—¿Hablar con su jefe, dices...?

—Sí.

—¿En qué lengua? Porque la que hablan estos seres no hay Dios que la entienda.

—Si no logro hacerme entender con palabras, recurriré a los gestos. La mímica es un idioma universal.

El pelirrojo suspiró.

—Bueno, por intentarlo que no quede. Pero yo sigo viendo el panorama muy negro.

No pudieron seguir hablando, porque los guerreros los obligaron a caminar en fila india, empujándolos con las lanzas.

Uno de ellos aplicó el extremo de la suya al redondo trasero de Olga Welzl, perfectamente dibujado por el ceñido traje.

La morena dio un grito y arqueó el cuerpo.

—¡Con cuidado, pedazo de animal, que eso pincha! —le dijo al guerrero, furiosa.

El tipo rió e hizo ademán de pinchar de nuevo la tentadora grupa de Olga.

La muchacha dio un salto hacia adelante, haciendo reír a los guerreros, que amenazaban también con pinchar los traseros de Stefan, Karin, Miklos, Dana y Ulli, si alguno de ellos aflojaba la marcha.

***

Algunos minutos después, los cautivos terrestres se llevaban una sorpresa tremenda al descubrir, atados a los árboles, un grupo de hermosos caballos.

La sorpresa, sin embargo, no se debió a que en aquel pequeño planeta existiesen caballos y que éstos fueran tan hermosos, sino a que dichos caballos tenían, justo en mitad de la frente, un cuerno

recto.

—¡Son unicornios...! —exclamó Karin Schmit, con ojos agrandados.

—¡Y yo que siempre creí que los unicornios eran seres de fábula! —dijo Dana Glans.

—¡Pues en este planeta existen de verdad! —añadió Olga Welzl.

—Son preciosos, ¿verdad? —murmuró Stefan Korner.

—Maravillosos —asintió Miklos Bask.

—Sí, pero ojo con el cuerno que tienen en la frente. Pueden ensartar fácilmente a una persona, si la embisten con él —advirtió el pelirrojo Ulli.

Los guerreros desataron a los unicornios y colocaron sobre ellos a los prisioneros terrestres, tumbados a través, uno en cada cuadrúpedo, más cerca del cuello que de la grupa.

Después, montaron los guerreros y obligaron a los unicornios a trotar por el bosque.

Los unicornios, dóciles como caballos domados, obedecieron sumisamente las órdenes de sus jinetes. Los cautivos terrestres viajaban bastante incómodos en aquella posición. Especialmente, porque llevaban las manos atadas a la espalda.

Stefan, Miklos y Ulli, por ser hombres; no fueron molestados por los guerreros que los transportaban en sus unicornios.

Karin, Dana y Olga, no tuvieron tanta suerte.

Ellas eran mujeres.

Jóvenes y hermosas, además.

Y a los hombres de aquel planeta les gustaban las mujeres, ya lo habían demostrado antes, manoseando los senos de Karin, Dana y Olga.

Ahora, volvieron a demostrarlo, palpando y oprimiendo sus redondeados traseros.

Karin, Dana y Olga no querían protestar, porque sabían que no serviría de nada, pero llegó un momento en que la morena ya no pudo contenerse y exclamó:

¿Por qué no le tocas el culo a tu tía, mulato?

—¡Eso digo yo! —exclamó al instante Karin.

—¡Y yo! —habló también Dana.

Stefan, Miklos y Ulli adivinaron lo que estaba sucediendo, pero como no podían hacer nada por evitarlo, apretaron los dientes con

rabia y siguieron callados.

Karin, Dana y Olga se callaron también y se resignaron a su suerte, que por el momento no era otra que soportar las palmadas y los apretones que los guerreros que las transportaban en sus unicornios les daban en las nalgas.

***

La marcha, a través del bosque, se prolongó bastante.

Demasiado, para los prisioneros terrestres, que tan incómodamente viajaban sobre los lomos de los hermosos y dóciles unicornios.

Todos los huesos del cuerpo les dolían ya.

A Karin, Dana y Olga, además, les dolía el trasero, a causa de tanta palmada y tanto apretón.

Por fortuna, el punto de destino de los guerreros estaba ya muy cerca.

Dicho punto era el palacio de la reina Thala, la mujer que mandaba en Gluco, que así se llamaba el pequeño planeta, como más tarde averiguarían los prisioneros terrestres.

El palacio, grande y hermoso, apareció a los ojos de Stefan Korner y sus compañeros tan pronto como los unicornios salieron del frondoso bosque.

Había sido construido en una vasta planicie, justo enfrente de un precioso lago, en torno al cual se alzaban una serie de pequeñas casas, habitadas por gentes del planeta.

En el lago, se estaban bañando niños y algunas mujeres jóvenes, cuyo color de piel era idéntico al de los hombres.

Las mujeres de Gluco no eran en absoluto feas, y estaban muy bien de formas, según pudieron comprobar Stefan y sus compañeros, ya que las mujeres se bañaban completamente desnudas.

El espectáculo era realmente bueno, pero los prisioneros terrestres apenas pudieron disfrutar de él, porque fueron introducidos sin pérdida de tiempo en el fastuoso palacio de la reina Thala.

CAPITULO VI

La reina Thala era, sin lugar a dudas, la mujer más hermosa de Gluco.

Los cautivos terrestres, desde luego, quedaron profundamente impresionados cuando entraron en sus aposentos y descubrieron a la joven y bella reina, sentada en su trono.

El tono oscuro de su piel, suave y brillante, no sólo no restaba un ápice a su belleza, sino que incluso la acentuaba, convirtiéndola en una exótica y turbadora diosa de ébano, capaz de volver loco al más frío de los hombres con una sola mirada de sus ojos de fuego, grandes, rasgados, y orlados de largas y sedosas pestañas, muy negras, como su cabellera, sedosa y destellante.

Sobre su morena cabeza, adornándola, lucía una fantástica diadema de oro y brillantes, perfectamente engastados. Haciendo juego con la diadema, lucía dos preciosos brazaletes, uno en cada brazo, y otros dos en los tobillos, adornando sus bonitos pies descalzos.

La vestimenta de la reina Thala se reducía a una delgada túnica blanca, corta y totalmente abierta por los lados, aunque un ancho cinturón dorado impedía que las partes delantera y trasera de la atrevidísima prenda se moviesen a su antojo.

Daba igual, porque a través de la fina túnica podían vislumbrarse los turgentes senos de la reina, de amplias y oscuras aureolas, y pezones descarados. También se vislumbraba el triángulo de tejido plateado y brillante que protegía su intimidad, y que parecía sostenerse por sí solo, sin ayuda de nada.

Junto a la reina Thala, a su derecha, orgullosamente erguido, se hallaba Bacath, su hombre de confianza, que parecía un centurión romano, con su casco y su peto dorados, su falda corta, confeccionada con tiras de cuero, sus botas, su espada corta, su

puñal...

Aparentaba unos treinta años de edad, y era un tipo extraordinariamente corpulento, con una estatura que se aproximaba mucho a los dos metros y unos músculos desarrollados y duros.

Bacath no era feo, pero podían apreciarse claros reflejos de crueldad en su rostro. Especialmente, en su forma de mirar y en la expresión de su boca.

Evidentemente, se trataba de un hombre duro y violento, insensible al dolor y al sufrimiento ajenos. Y, para demostrarlo, tenía un látigo en las manos.

Un látigo corto, pero con tres colas, para que cada latigazo valiese por tres.

Los seis prisioneros terrestres fueron llevados hasta las proximidades del trono de la reina Thala, y allí se vieron obligados a arrodillarse, empujados por los guerreros que los custodiaban.

Thala y Bacath observaron a los cautivos con curiosidad, extrañados de su forma de vestir y del color de su piel.

El hombre de confianza de la reina, prestó más atención a Karin, Dana y Olga, que a Stefan, Miklos y Ulli,,fijándose de manera especial en 'sus bustos desnudos, pues las mujeres terrestres seguían con sus trajes abiertos hasta casi la cintura.

Thala, en cambio, dedicó más atención a los varones terrestres.

Y, de forma particular, a Stefan Korner, a quien pareció acariciar con sus felinos ojos.

El segundo de a bordo de la «GALACTICA-V» se dio cuenta de ello y sonrió a la diosa de ébano.

—¿Eres tú quien manda aquí, preciosa?

Bacath dijo algo en su lengua y levantó su látigo de tres colas, dispuesto a descargarlo sobre Stefan, por haberse atrevido a dirigirse a la reina Thala, lo cual suponía una tremenda osadía en Gluco.

Por fortuna para el terrestre, Thala ordenó a Bacath que bajara su látigo.

—No quiero que le azotes —añadió, en su lengua.

—¡Ese hombre es un insolente, Thala! ¡No sólo se ha atrevido a hablarte sin tu permiso, sino que incluso te ha sonreído! ¡Debe ser castigado por su descaro!

—Es un extranjero, Bacath. No conoce nuestras costumbres.

—¡Yo se las enseñaré, con mi látigo!

—¡No!

El tono autoritario de la reina Thala obligó a Bacath a desistir.

—Como tú ordenes, Thala —rezongó, bajando su látigo.

Stefan Korner exhaló un suspiro de alivio.

—De buena me he librado, muchachos —murmuró.

—Parece que la belleza morena ha salido en tu defensa, Stefan —adivinó Miklos.

—Sí, ella ha evitado que el gigante me azotara.

—Creo que le gustas, Stefan —dijo Ulli.

—Ojalá.

—Conque sí, ¿eh? —masculló Karin, ceñuda. Stefan carraspeó ligeramente.

—Lo dije sólo porque eso sería bueno para nosotros, Karin. Nos ayudaría a salir de esto.

—Stefan tiene razón —opinó Dana—. Está claro que esa mujer es la que da las órdenes aquí, y si le caemos bien, será más fácil conseguir su amistad.

—Pienso lo mismo que Dana —habló Olga—. Intenta ligarte a la belleza morena, Stefan.

—¿Por qué no lo intenta Ulli, mona? —replicó Karin.

—Por mí, encantado —dijo al instante el pelirrojo.

—Olvídalo. Tienes demasiadas pecas en la cara —repuso Olga.

—Ya salieron las pecas —rezongó Ulli.

—No te enfades, que a mí me, gustan —sonrió la morena.

—¿Por qué no intento conquistarla yo? —dijo Miklos.

—Fracasarías —aseguró Dana.

—Yo no tengo pecas.

—No, tú sólo tienes músculos. Y, para músculos, los del gigante moreno. No tienes nada que hacer, Miklos.

—Callaos, por favor —rogó Stefan—. Voy a ver si consigo que la belleza morena me entienda.

—Si pudiéramos dejarte a solas con ella, seguro que lo lograbas —repuso Miklos, guiñándole el ojo.

—Basta de bromas. Nuestra situación es muy seria, Miklos.

—Tienes razón. Vamos, intenta hacerle comprender a la belleza morena que no somos sus enemigos.

Stefan se disponía a dirigirse de nuevo a la reina Thala, cuando ésta empezó a hablar con los guerreros que habían capturado a los terrestres.

Les estaba preguntando dónde los habían apresado. Los guerreros informaron a su reina con todo detalle, y le mostraron las armas que arrebataran a los terrestres.

Thala las examinó con curiosidad. Bacath hizo lo propio.

—Mucho cuidado con ellas, ¿eh? —dijo Stefan—. Si accionáis el gatillo sin querer, puede morir achicharrado alguien.

Thala lo miró.

—¿Qué estará diciendo, Bacath?

—No lo sé. Habla una lengua muy rara.

—Sus armas son muy extrañas, ¿verdad?

—Sí, mucho.

—Me gustaría saber cómo funcionan y qué efectos causan.

—Deben ser bastante inofensivas, pues los extranjeros las utilizaron contra nuestros hombres, según nos han contado éstos, y no mataron a ninguno. Ni siquiera les causaron heridas. Sólo dejan inconscientes, y no por mucho tiempo. Nuestras armas son mucho más eficaces —aseguró Bacath, en su ignorancia.

Y, como en aquel momento tenía en las manos un fusil de rayos ultravioleta, dirigió el cañón hacia el pecho de Stefan Korner y acercó su mano hacia lo que suponía era el disparador del arma.

Stefan se irguió bruscamente.

—¡Suelta ese fusil, loco!

Aunque no conocía su significado, las palabras del terrestre enfurecieron a Bacath, quien se apresuró a disparar el poderoso fusil

CAPITULO VII

Karin Schmit chilló angustiosamente, pues ya veía carbonizado a Stefan Korner.

Pero no.

El segundo de a bordo de la «GALACTICA-V» no estaba dispuesto a dejarse abrasar por el hombre de confianza de la reina Thala, y en cuanto vio que Bacath accionaba el disparador del fusil, se arrojó de bruces al suelo.

El poderoso rayo calorífico pasó veloz por encima de la cabeza de Stefan Korner y fue a estrellarse en el pecho de uno de los guerreros que custodiaban a los prisioneros terrestres.

El peto plateado que protegía el tórax del guerrero se tornó rojizo en sólo unos segundos.

Rojizo... y candente.

¡El peto metálico se estaba fundiendo! ¡Estaba abrasando el pecho del guerrero! El desgraciado empezó a dar alaridos.

Incapaz de soportar en pie firme tanto sufrimiento, el guerrero se derrumbó y se agitó desesperadamente en el suelo, sin dejar de aullar como una bestia herida de muerte.

El metal que formaba el peto se había fundido totalmente, y resbalaba por los brazos y las piernas del guerrero, abrasándoselos también.

La reina Thala contemplaba la impresionante escena con ojos dilatados.

Estaba horrorizada. No podía hablar.

El espanto la tenía muda.

También a Bacath le costaba creer lo que sus agrandados ojos estaban contemplando.

¡El que había tachado de inofensivas a las armas terrestres!

¡Ahora le parecían temibles!

Lo mismo pensaban los guerreros que, mudos y estremecidos, presenciaban cómo su compañero parecía abrasado bajo el metal fundido de su peto.

Y es que no podían olvidar que ellos habían atacado en el bosque a los terrestres, y que éstos tenían en sus manos aquellos poderosos fusiles, capaces de fundir totalmente un peto de hierro en unos pocos segundos.

Si los terrestres los hubiesen utilizado contra ellos, habrían muerto todos abrasados, como su compañero. El infortunado guerrero había dejado de agitarse y de aullar.

Ya no movía un solo músculo de su cuerpo.

Tenía los ojos cerrados, la cabeza ladeada, y la boca entreabierta, formando una horrible mueca de sufrimiento.

Había muerto.

***

El silencio, en los aposentos de la reina Thala, era absoluto.

Todos miraban el cuerpo abrasado del guerrero que recibiera el rayo ultravioleta disparado por el cruel Bacath, y que hubiera acabado con la vida de Stefan Korner si éste no se hubiera arrojado tan oportunamente al suelo.

De ahí que Miklos, Ulli, Karin, Dana y Olga hubiesen palidecido.

Stefan se había librado por un pelo de la muerte. De una horrible muerte.

Stefan, rabioso por la acción de Bacath, se incorporó y se volvió hacia el gigantesco individuo.

—¡Maldito asesino! —rugió, y se lanzó de cabeza contra él.

Bacath, que no esperaba el ataque del terrestre, no pudo reaccionar a tiempo y recibió un tremendo cabezazo en el bajo vientre.

El brazo derecho de la reina Thala se derrumbó, aullando como una fiera pillada en un cepo.

Stefan también cayó, incapaz de frenar su impulso, pero se levantó con rapidez.

Los guerreros se lanzaron contra él.

—¡Tenemos que ayudar a Stefan! —fijo Miklos, poniéndole la zancadilla al guerrero que iba delante. El tipo se dio un tremendo batacazo, provocando además la caída de varios de sus compañeros.

Ulli Kaltz le dio una patada entre los muslos a uno de los pocos

guerreros que no habían caído al suelo, derribándolo también.

El musculoso Miklos ya estaba en pie.

Un guerrero le atacó, pero el terrestre le embistió como un toro y lo hizo rodar por el brillante suelo. Miklos también cayó, claro, pero se incorporó de un salto, dispuesto a continuar la lucha.

Karin, Dana y Olga se habían puesto en pie, y estaban moliendo a patadas a los guerreros que se precipitaran contra el suelo tras la zancadilla que Miklos le pusiera al que iba delante.

—¡Tomad, esto por toquetearnos los pechos! —dijo Olga, al tiempo que conectaba la punta de su bota derecha en la quijada de un guerrero.

—¡Y por manosearnos el trasero! —añadió Dana, pateando los riñones de otro guerrero.

—¡Tenéis que aprender a respetar a las mujeres terrestres, cerdos! —dijo Karin, incrustando la punta de su bota en los genitales de uno de los habitantes de Gluco.

El tipo bramó y se convirtió en una bola.

Una bola que se agarraba lo que tanto le dolía.

La reina Thala, perpleja, contemplaba la gran pelea. Stefan Korner estaba intentando romper la cuerda que sujetaba sus manos, pero le habían atado muy fuerte y no pudo vencer la resistencia de las ligaduras.

Bacath, recuperado del cabezazo que le propinara Stefan, se incorporó furioso y enarboló su látigo de tres colas.

Esta vez, Thala no le prohibió que hiciera uso de él. Los prisioneros terrestres estaban golpeando a los guerreros, y había que reducirlos como fuera.

Karin vio que Bacath se disponía a descargar su látigo sobre la espalda de Stefan, y chilló:

—¡Cuidado, Stefan!

Korner se revolvió como una centella y se lanzó de nuevo sobre el hombre de confianza de la reina Thala, derribándolo otra vez.

—¡Bravo, Stefan! —gritó Karin.

La gran pelea continuó.

La reina Thala estaba admirada de la forma en que se defendían los prisioneros terrestres, pues, aun con las manos atadas a la espalda, estaban manteniendo a raya a sus enemigos, a base de patadas y cabezazos.

Pero, lógicamente, aquella situación tenía que acabar siendo insostenible para Stefan y sus compañeros, que luchaban contra un enemigo superior en número y al que además se enfrentaban en clara desventaja por su imposibilidad de utilizar las manos.

Ulli Kaltz fue el primero en quedar inconsciente, al recibir un fuerte golpe en la cabeza, propinado con una lanza.

Stefan Korner y Miklos Bask cayeron a continuación, igualmente sin sentido.

Después, Karin, Dana y Olga fueron fácilmente reducidas por los guerreros de la reina Thala.

Bacath, terriblemente furioso, ordenó:

—¡Encerradlos!

Los guerreros cargaron con Stefan, Miklos y Ulli, y. empujaron a Karin, Dana y Olga, sacándolos a todos de los aposentos de la reina Thala.

***

Los guerreros pensaban llevar a los prisioneros terrestres a las mazmorras del palacio, pero cuando estaban a punto de alcanzarlas, apareció Bacath y ordenó:

—¡Llevadlos a la cámara de tortura! ¡Se van a arrepentir de lo que han hecho!

Los guerreros se apresuraron a obedecer.

Bacath los siguió, con una vengativa sonrisa en los labios.

No había mencionado la cámara de tortura en los aposentos de la reina Thala para que ésta no le prohibiese torturar a los cautivos terrestres.

Cuando Thala se enterase, los prisioneros ya habría sufrido lo suyo, y ello complacería enormemente a Bacath, que estaba deseando vengarse de los terrestre.

Especialmente, de Stefan Korner, que le había derribado por dos veces, causándole mucho daño con cabeza.

Por esa razón, Stefan sufriría más que sus con pañeros.

Bacath se encargaría personalmente de ello.

***

Karin Schmit, Dana Glans y Olga Welzl sintieron que se les helaba la sangre en las venas.

Acababan de ser introducidos, junto con Stefan Korner, Miklos Bask y Ulli Kaltz, en la cámara de tortura, y en seguida adivinaron

para qué, los llevaban a los seis allí.

Cuatro individuos, grandotes y musculosos, con la cabeza rapada y un escueto taparrabos por toda vestimenta, prestaban servicio en la cámara de tortura. Eran los verdugos.

Resultaba difícil saber cuál de los cuatro era el más feo.

Y el más bestia.

Y el más cruel.

Bacath los había elegido personalmente para trabajar en la sala de tortura, y la verdad es que no se arrepentía de ello, porque ninguno de los cuatro le había defraudado hasta el momento presente.

Había algunos prisioneros en la cámara, y los verdugos se estaban ocupando de ellos. Se trataba, concretamente, de seis hombres y dos mujeres.

Los ocho se hallaban prácticamente desnudos, y en sus cuerpos podían apreciarse claramente las huellas de las distintas torturas que ya les habían sido aplicadas.

Surcos sanguinolentos, causados por los látigos, quemaduras, cortes profundos, muescas en la carne, uñas arrancadas, dedos amputados...

Algo realmente espantoso, que casi hizo desmayarse de horror a Karin, Dana y Olga.

Y es que, a la vista estaba, los verdugos se ensañaban igualmente con los hombres que con las mujeres.

Justo en aquel momento, uno de los verdugos estaba aplicando un hierro al rojo vivo en el vientre de una de las mujeres.

La desgraciada, que estaba atada al potro de tormento, con el cuerpo totalmente tenso, chillaba desgarradoramente. Su muñecas y sus tobillos estaban ensangrentados, a causa de la terrible presión que las abrazaderas de hierro ejercían sobre sus cuatro extremidades, y cuya misión principal era estirar brutalmente el cuerpo de la víctima, hasta quebrar sus vértebras.

La otra mujer sollozaba ahogadamente, sujeta a la pared por medio de unas argollas. Sabía que, en cuanto el verdugo que atormentaba a su compañera, acabara de «trabajarla», le tocaría el turno a ella.

De los seis hombres, tres aguardaban también su turno, igualmente sujetos a la pared con argollas. Los otros tres, los que

estaban siendo torturados por los verdugos, aullaban sin cesar, cada cual atado a un aparato de tormento distinto.

Los verdugos, al ver entrar en la cámara a Bacath, interrumpieron su trabajo, lo que supuso un gran alivio para los tres hombres y la mujer que estaban siendo sometidos a tormento.

Bacath dio unas cuantas órdenes a los verdugos, y éstos se apresuraron a soltar a los tres hombres y a la mujer, que seguidamente quedaron sujetos contra la pared, como los otros cuatro prisioneros.

Los aparatos de tortura estaban libres, tal y como quería Bacath, para poder utilizarlos con los prisioneros terrestres.

El brazo derecho de Bacath señaló a Stefan Korner y sus compañeros, y ordenó a los verdugos:

—¡Desnudadlos y colocadlos en los aparatos de tormento!

CAPITULO VIII

Stefan, Miklos y Ulli todavía no se habían enterado de nada, porque seguían inconscientes, pero Karin, Dana y Olga creyeron morirse de espanto cuando vieron que los verdugos se hacían cargo de ellas y empezaban a despojarlas de las botas, de los cintos, y de los trajes.

De nada sirvió que las mujeres terrestres chillasen y pataleasen.

Los verdugos, cumpliendo las órdenes de Bacath, las desnudaron a las tres, dejándoles solamente el brevísimo slip, y las colocaron sobre los aparatos de tortura, a los cuales quedaron sujetas.

Seguidamente, los verdugos desnudaron a Stefan, Miklos y Ulli, con la sola excepción de sus respectivos slips, como antes hicieran con las mujeres, y los instalaron también en otros tantos aparatos de tormento.

Bacath, visiblemente satisfecho, ordenó a los guerreros que abandonaran la cámara de tortura. Ya no los necesitaba para nada. Para lo que venía a continuación, él y los verdugos se bastaban y se sobraban.

Como Stefan, Miklos y Ulli continuaban sin sentido, Bacath ordenó a los verdugos que les echasen sendos cubos de agua a la cara, para ver si se despertaban.

Los verdugos lo hicieron así, y los varones terrestres recobraron el conocimiento. Al verse sujetos a aquellos siniestros aparatos de tortura, prácticamente desnudos, y descubrir que Karin, Dana y Olga se hallaban en las mismas circunstancias, Stefan, Miklos y Ulli adivinaron lo que iba a suceder.

Y por si les quedaba alguna duda, allí estaban, sujetos a la pared, los seis hombres y las dog mujeres de Gluco, mostrándoles lo que los verdugos habían hecho con sus cuerpos desnudos.

Y, para mayor abundamiento, allí estaba también el malvado

Bacath, con su látigo de tres colas en las manos y una cavernosa sonrisa en sus crueles labios.

El hombre de confianza de la reina Thala habló:

—Es una pena que no entendáis nuestra lengua, extranjeros, porque así podría deciros lo que pienso hacer con vosotros. Pero no importa. Lo iréis descubriendo a medida que vuestros cuerpos vayan sufriendo las múltiples torturas que los verdugos y yo os aplicaremos. Temblaréis, os estremeceréis de dolor, chillaréis hasta enronquecer, suplicaréis que acabemos con vosotros de una vez, pero los terribles tormentos se sucederán y tendréis una muerte lenta, larga, desesperante, que se prolongará días y días. Eso es lo que os espera, malditos, por haberme atacado y por haber golpeado también a nuestros guerreros. Repito que es una lástima que no sepáis lo que os digo, aunque creo que lo adivináis. Leo el pánico en vuestros ojos. Y los cuerpos de las mujeres tiemblan ya como si sintiesen frío, a pesar de que en esta cámara hace calor. Es el miedo lo que las hace temblar. ¿Verdad que sí, preciosas? —preguntó, posando su mano izquierda sobre el liso vientre de Dana Glans.

La mujer terrestre se estremeció claramente al contacto de la morena y musculosa mano de Bacath, y estuvo a punto de dar un grito de terror.

—Sois hermosas, extranjeras —siguió hablando Bacath—. Me gusta vuestra piel, clara y sedosa, cálida, excitante... —confesó, mientras su mano ascendía y alcanzaba los espléndidos senos de Dana, con los que empezó a juguetear.

La muchacha no pudo resistir más y lanzó un agudo chillido, con los ojos cerrados.

Miklos Bask tensó sus poderosos músculos y tiró con todas sus fuerzas de las cadenas que sujetaban sus brazos, intentando arrancarlas.

—¡No la toques, cerdo! —rugió—. ¡Apártate de ella, canalla! ¡Apártate en seguida o soy capaz de...

Miklos no pudo acabar la frase, porque Bacath se había vuelto hacia él y ya le estaba golpeando con su látigo de tres colas.

—¡Para que aprendas a callarte, maldito extranjero! —ladró el brazo derecho de la reina Thala.

—¡Miklosl —gritó Dana, estremecida.

—¡No te preocupes, Dana! ¡Prefiero que este cobarde me azote a

mí a que te manosee a ti!

Bacath siguió golpeando al terrestre.

—¡Toma, maldito, toma! ¡Yo te enseñaré a mantener la boca cerrada!

—¡Pobre de ti como consiga soltarme, mulato! ¡Si lo logro te haré picadillo!

Lamentablemente, lo único que consiguió el bravo Miklos fue lastimarse las muñecas con los grilletes, porque las cadenas no cedieron un ápice.

Stefan Korner y Ulli Kaltz también estaban intentando arrancar las suyas, pero pronto se convencieron de que ello era prácticamente imposible.

El pelirrojo, furioso, rugió:

—¡Deja de azotar a Miklos, cobarde! ¡Elige a uno de nosotros para luchar contigo y suéltalo! ¡Sabrías lo que es bueno, gallina!

Bacath se volvió hacia él y comenzó a golpearle con su látigo.

—¡A ti también te enseñaré a tener el pico cerrado, perro extranjero!

Ulli apretó los dientes con fuerza, para soportar mejor el dolor de los latigazos.

—¡Rata asquerosa! —masculló, sin emitir un solo quejido.

—¡Ulli, cariño! —dijo Olga Welzl, con el corazón oprimido.

El pelirrojo la miró y forzó una sonrisa.

—¡No te asustes, Olga! ¡Esto no es nada! ¡El tipo sólo me hace cosquillas con su látigo!

No era cierto, claro, y lo demostraban las marcas que las tres colas del látigo que manejaba Bacath estaban dejando en el pecho del valeroso Ulli.

Miklos también tenía su amplio tórax marcado, aunque tampoco él se había quejado ni una sola vez. Stefan Korner decidió cortar el castigo que Bacath estaba infligiendo al pelirrojo, aun sabiendo que a continuación sería él quien recibiese las «caricias» del látigo de tres colas.

—¡Basta ya, cobarde! —gritó—. ¡No sabes más que golpear a personas indefensas! ¿Por qué no luchas cara a cara con uno de nosotros, sucio reptil?

Bacath reaccionó tal y como Stefan esperaba.

Dejó de azotar a Ulli, y empezó a descargar su látigo sobre él.

Todos se dieron cuenta de que lo hacía con más ganas que cuando azotó a Miklos y Ulli.

—¡Toma, perro extranjero, toma! ¡Aquí no está la reina Thala, para defenderte!

El segundo de a bordo de la «GALACTICA-V» apretó los dientes y los puños.

—¡Víbora venenosa! —barbotó.

—¡Stefan! —gimió Schmit, sintiendo que las lágrimas acudían a sus ojos.

Korner la miró y le sonrió.

—¡Tranquilízate, Karin! ¡Como dijo Ulli, el tipo sólo nos hace cosquillas con su látigo!

—¿Seguro?

—¡Claro! ¡Y como yo no puedo soportar las cosquillas, me río, fíjate!

Para dar veracidad a sus palabras, Stefan empezó a reír.

Miklos y Ulli se apresuraron a imitarle.

Bacath interrumpió el castigo y soltó un rugido de rabia.

¡No lograba explicárselo!

¡Los cautivos terrestres no sólo no se quejaban, sino que incluso se carcajeaban!

Bacath se volvió hacia los verdugos y les ordenó que hicieran girar las ruedas de los potros de tortura, para ver si así se acababan las risas de los prisioneros.

Los verdugos se dieron mucha prisa en obedecer. Ellos tampoco se explicaban que los cautivos terrestres riesen en vez de emitir gritos de dolor. Y lo mismo les sucedía a los seis hombres y las dos mujeres de Gluco, que presenciaban asombrados la reacción de Stefan, Miklos y Ulli tras la serie de latigazos.

Los verdugos hicieron girar las ruedas de los aparatos de tormento, tensando bruscamente los cuerpos desnudos de los prisioneros terrestres.

De los varones solamente, por el momento.

Bacath pensaba ocuparse de Karin, Dana y Olga más tarde.

Stefan, Miklos y Ulli contrajeron sus rostros al sentir el brutal tirón de las cadenas que sujetaban sus extremidades superiores e inferiores, pero ninguno de ellos se quejó.

¡Más! ¡Más! —ordenó Bacath.

Los verdugos hicieron girar nuevamente las ruedas, estirando un poco más los cuerpos de los varones terrestres.

Este segundo tirón, igualmente brutal, resultó aún más doloroso que el primero, escuchándose claramente el crujir de las vértebras de los cautivos.

Stefan, Miklos y Ulli tuvieron que hacer un gran esfuerzo para no ponerse a gritar, porque el dolor que sentían en los hombros y en la espalda era terrible. En realidad, les dolían todos los huesos del cuerpo. Muñecas, codos, caderas, rodillas, tobillos...

La tensión de sus cuerpos era tal, que parecía que iban a romperse por la mitad de un momento a otro. Karin, Dana y Olga se daban cuenta de ello, claro, y estaban sufriendo casi tanto como Stefan, Miklos y Ulli.

De pronto, y para sorpresa de todos, Stefan rompió a reír, siendo rápidamente coreadas sus carcajadas por Miklos y Ulli.

Reían por no llorar, claro.

Y para fastidiar a Bacath y a los verdugos.

¡Y vaya si los fastidiaron!

Especialmente, a Bacath, quien, colérico, ordenó a los verdugos que dejasen de tensar a los prisioneros terrestres, cogiesen los hierros candentes, y se los aplicasen.

¡Seguro que entonces no reirían!

Stefan, Miklos y Ulli se estremecieron al ver que los verdugos empuñaban los hierros al rojo y venían hacia ellos.

Karin, Dana y Olga temblaron sobre sus respectivos potros de tortura, como si fueran ellas las que iban a recibir las dolorosas quemaduras.

Bacath no quiso privarse del placer de aplicar personalmente el hierro a Stefan Korner, y se lo arrebató a uno de los verdugos.

—¡Yo me ocupo de éste! —dijo, y acercó el hierro andente al pecho del terrestre.

CAPITULO IX

La reina Thala estaba pensativa.

Reflexionaba sobre todo lo que se relacionaba con los prisioneros terrestres, desde el momento en que fueron descubiertos por sus guerreros, hasta que Bacath ordenó encerrarlos a los seis.

De pronto, Thala tomó una decisión.

Junto a su trono, se veía un gong y un mazo.

La reina empuñó el mazo e hizo sonar el gong. Al instante, dos guerreros entraron en sus aposentos.

—!Quiero hablar con uno de los prisioneros extranjeros! El que derribó a Bacath por dos veces, con su cabeza. Traédmelo en seguida —ordenó Thala.

Los guerreros cambiaron una nerviosa mirada. Thala frunció el ceño.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué vaciláis? Uno de los guerreros informó:

—Los prisioneros extranjeros se encuentran en la cámara de tortura, reina Thala.

—¿Qué...? —exclamó Thala, brincando del trono.

—Bacath nos ordenó que los llevásemos allí, reina Thala —explicó el otro guerrero—. Y él se quedó con ellos.

—!Yo no ordené que fuesen sometidos a tortura ¡Es cosa de Bacath!

Los guerreros guardaron silencio.

La reina Thala soltó un bufido de furia y ordenó:

—¡Acompañadme a la cámara de tortura!

Thala salió corriendo de sus aposentos.

Los dos guerreros la siguieron, también a la carrera. Aun así, tardaron algunos minutos en alcanzar la cámara de tortura, que se hallaba ubicada en los sótanos del palacio.

La reina Thala y los dos guerreros entraron en ella justo en el

momento en que Bacath se disponía a aplicar el hierro candente en el pecho de Stefan Korner, quien ya percibía el calor del mismo y parecía resignado a sufrir la espantosa quemadura en sus músculos pectorales.

También los verdugos estaban a punto de aplicar sus hierros al rojo en los torsos desnudos de Miklos Bask y Ulli Kaltz, para desesperación de Dana Glans y Olga Welzl.

Karin Schmit había cerrado apretadamente sus ojos, incapaz de presenciar tan horrendo espectáculo.

Por fortuna para los cautivos terrestres, allí estaba la reina Thala, dispuesta a impedir que Bacath y los verdugos continuasen atormentándolos.

—¡Quietos todos! —ordenó.

Bacath y los verdugos se quedaron paralizados.

—Thala... —musitó el primero, sin poder disimular su contrariedad por la inoportuna aparición de la reina. Esta avanzó decididamente hacia los potros de tortura, con furioso gesto.

—¿Quién te ordenó que torturaras a los extranjeros, Bacath? —preguntó.

Su hombre de confianza apretó los maxilares.

—¡Los prisioneros deben ser castigados, Thala!

—¿Por qué?

—¡Nos atacaron en tus aposentos, ya lo viste!

—¡Nos atacaron porque tú estuviste a punto de matar a uno de ellos!

—¡No era ésa mi intención! ¡Yo creía que las armas de los extranjeros eran inofensivas!

—¡Pues ya viste lo poderosas que son! ¡Si hubieran querido utilizarlas contra nuestros guerreros, cuando éstos intentaban apresarles, los hubieran matado a todos! ¡Eso demuestra que no traían malas intenciones!

—¡Son nuestros enemigos, Thala!

—¿Por qué estás tan seguro?

—¡Son extranjeros!

—¡Eso no significa que sean nuestros enemigos!

—¡Lo son, estoy seguro!

—¡No mataron a ninguno de nuestros guerreros! ¡El único que murió, lo mataste tú!

—¡Fue un accidente, Thala!

—¡Lo sé! ¡Y por eso no debes culpar ahora a los extranjeros de la muerte de ese guerrero!

—¡No los culpo, pero...!

—¡Que los suelten inmediatamente!

—¿Soltarlos?...

—¡Eso he dicho!

—¡Es una equivocación, Thala!

—¡La equivocación fue tuya! ¡No debiste ordenar que trajeran a los prisioneros a la cámara de tortura! ¡No han hecho nada que merezca un castigo tan duro! Bacath resopló, el rostro congestionado de ira.

—Te ruego que lo medites, Thala. Si dejamos libres a los extranjeros, se lanzarán contra nosotros, como hicieron en tus aposentos. Están furiosos y escocidos por los latigazos y por los tirones de los potros. Nos atacarán, estoy seguro.

La reina Thala tuvo que admitir que cabía la posibilidad de que sucediera lo que Bacath decía, así que indicó:

—Que los verdugos los suelten de uno en uno y que les aten las manos a la espalda. Las mujeres primero. Bacath fue a insistir, pero la severa mirada que le dirigió Thala le hizo desistir. Se volvió hacia los verdugos y rugió:

—¡Ya habéis oído a la reina Thala, estúpidos! ¡Vamos, moveos!

Los verdugos dejaron los hierros candentes y empezaron a soltar a los prisioneros terrestres, de uno en uno y empezando por las mujeres, cuyas manos fueron atando a la espalda a medida que las bajaban de los aparatos de tormento, sin permitir que se colocasen los trajes, las botas y los cintos.

—La belleza morena nos ha salvado, chicos —dijo Miklos.

—Sí, eso parece —repuso Stefan.

—Su llegada no pudo ser mas oportuna —habló Ulli.

—Ella no sabía que nos estaban torturando, estoy seguro — adivinó Stefan —. Fue cosa del gigante, que nos ha tomado manía.

—Pues la belleza le ha echado una buena bronca, según parece —dijo Miklos.

—Lógico, porque ella es la que manda —repuso Stefan—. Debe ser la reina de este palacio, y el gigante, su lugarteniente.

—Lo mismo pienso yo —opinó el pelirrojo Ulli. Como los

verdugos ya habían acabado con las mujeres, procedieron a soltar a los hombres.

Stefan fue el primero, por indicación de la reina Thala, que le señaló con el dedo.

El segundo de a bordo de la «GALACTICA-V» no ofreció ninguna resistencia, permitiendo que los verdugos le atasen las manos a la espalda.

Y es que no estaba en condiciones de ofrecer resistencia alguna, tras la serie de latigazos y los brutales tirones de brazos y piernas, que habían dejado su cuerpo terriblemente dolorido.

Bastante hacía con tenerse en pie.

Ulli fue soltado a continuación, y tampoco él atacó a los verdugos cuando se dispusieron a atarle las manos a la espalda, pues se hallaba en las mismas condiciones que Stefan.

Se tenía en pie, y gracias.

Miklos también abandonó el potro de tortura, tan dolorido como sus compañeros, y no rechistó cuando los verdugos le ataron las manos a la espalda.

Ya tendrían ocasión de vengarse del malvado Bacath.

No era el momento y el lugar.

La reina Thala ordenó que los prisioneros terrestres fuesen encerrados en una celda, con la sola excepción de Stefan Korner, ya que deseaba hablar con él en sus aposentos.

Bacath trató de oponerse, pero Thala le hizo callar con el gesto.

La joven y hermosa reina quería estar a solas con el apuesto terrestre, y nada ni nadie iba a impedirlo.

CAPITULO X

Al ver que era separado de sus compañeros, y que le obligaban a seguir a la reina Thala, Stefan Korner adivinó que la belleza morena deseaba entrevistarse a solas con él, y la verdad es que se alegró muchísimo.

Tenía la oportunidad de hacerle comprender que ellos no eran enemigos, que no deseaban pelear con las gentes de aquel pequeño planeta, y Stefan no pensaba desaprovecharla, aun sabiendo que el hablar lenguas distintas suponía un grave problema.

La buena voluntad podía con todo, y como la reina Thala parecía que la tenía, y a él tampoco le faltaba, estaba seguro de que lograrían entenderse.

Cuando alcanzaron los aposentos de la reina Thala, ésta despidió a los guerreros que habían custodiado al prisionero terrestre desde la cámara de tortura hasta allí, y se quedó a solas con él.

Stefan, desde un principio, había prestado mucha atención a las palabras que pronunciaran la reina y su lugarteniente, y al oír que ella repetía bastante a menudo la palabra Bacath, y él hacía lo propio con la palabra Thala, dedujo que ésos eran los nombres de la reina y del gigantón.

Para asegurarse, la llamó:

—Reina Thala...

Ella le miró al oír pronunciar su nombre.

—¡Sabes que me llamo Thala! —exclamó, denotando alegría en su bellísimo rostro.

Stefan le sonrió.

—Sí, Thala es tu nombre, no cabe duda. Yo me llamo, Stefan. A ver, repítelo conmigo. Stefan..., Stefan..., Stefan...

La reina Thala, que tampoco tenía nada de torpe, comprendió que el terrestre le estaba diciendo su nombre, y lo pronunció con

gracioso acento.

—Stefan...

—¡Exacto!

—Yo, Thala; tú, Stefan.

—¡Eso es! —rió el terrestre.

La reina Thala también rió.

Tenía una risa preciosa, porque preciosa era su boca y preciosa era su voz.

Todo lo tenía precioso, qué demonios.

Stefan, tras echar una breve ojeada a los muchos encantos de la belleza morena, que la descarada túnica blanca se negaba a ocultar, se dejó caer al suelo y dijo:

—Con tu permiso voy a sentarme, reina Thala. Me duelen todos los huesos, y me duelen también los latigazos —se miró los surcos sanguinolentos que cruzaban su atlético pecho, para que la belleza entendiera.

Thala le entendió, naturalmente, y lo demostró tomando un tarro brillante, el cual abrió, mostrando su contenido al terrestre.

—Esto aliviará el dolor que te causan las heridas, ya verás —dijo, arrodillándose junto a Stefan.

Acto seguido, empezó a aplicarle aquel extraño ungüento sobre las marcas causadas por las tres colas del látigo de Bacath. Lo hizo con mucho cuidado, para no hacerle daño.

El frescor del ungüento supuso ya un alivio para el terrestre, que agradeció las atenciones de Thala con una sonrisa.

—Tienes un gran corazón, reina Thala. Bacath es un bicho repugnante, pero tú eres buena, noble y cariñosa.

—¿Qué dices de Bacath...?

—Bacath, sí. Tú, una santa; él, un bicho.

—¿Santa?... ¿Bicho?... ¿Qué significan esas palabras?

Stefan lanzó un suspiro y movió lentamente la cabeza.

—Qué difícil es entenderse así, Dios... Y yo con las manos atadas a la espalda. Si pudiera expresarme con ellas... ¿Por qué no me desatas, Thala?

—¿Qué me estás diciendo ahora, Stefan?

El terrestre se giró y le ofreció las manos.

—Estoy atado, reina Thala, y así no puedo explicarte lo que te digo. Suéltame, y todo será más fácil. Thala miró las ligaduras de

Stefan.

Adivinó que él le pedía que le desatara, pero no se atrevió a complacerle.

—No... —musitó.

Stefan captó la vacilación de la reina.

—¿Qué pasa, no' te fías de mí...? Soy tu amigo, Thala.

—¿Amigo?...

—Sí, no deseo causarte ningún daño. Sólo quiero entenderme contigo, Thala. Por favor, desátame. No tienes nada, que temer de mí. Mírame a los ojos, y leerás en ellos que soy tan noble como tú.

Thala no entendió las palabras del terrestre, pero decidió confiar en él y lo desató.

—Hala, ya estás libre. A ver qué haces ahora, extranjero. Si intentas hacerme algún daño, llamaré a mis guerreros y te darán un escarmiento.

Stefan tampoco entendió lo que le decía Thala, lógicamente, pero quiso agradecerle que le hubiera soltado las manos, y no se le ocurrió otra cosa que darle un tierno beso en los labios.

—Gracias por confiar en mí, reina Thala.

Ella se quedó mirándole, con una cara muy rara.

Stefan carraspeó.

—¿Qué sucede, no tenéis costumbre de besaros aquí, en este planeta...? ¿No os besáis los hombres y las mujeres, Thala...?

La reina no respondió, limitándose a levantar su mano y rozarse los labios con las yemas de los dedos. Después, tocó suavemente los labios del terrestre, murmurando:

—¿Qué es lo que has hecho, Stefan? Pusiste tus labios sobre los míos, y sentí una agradable sensación en todo el cuerpo...

El terrestre sonrió.

—Te ha gustado, ¿eh?

—¿Gustado?...

—Sí, lo leo en tu cara. Y eso que ha sido un beso corto y suave. Si te besara como yo sé hacerlo, te ibas a estremecer de placer.

—¿Placer?...

—¿Quieres que lo haga, Thala?

La reina no entendía, pero como deseaba experimentar de nuevo aquella agradable sensación, acercó su boca a la del terrestre.

—Oh, ya veo que sí —sonrió Stefan, y la besó con pasión, al

tiempo que sus brazos la rodeaban y la apretaban contra su pecho.

Las señales dejadas por los latigazos le dolieron, naturalmente, pero el terrestre se olvidó de ellas y pensó solamente en la dureza de los senos de la hermosa Thala, pegados a su pecho, transmitiéndole todo su calor, sus palpitaciones, su deseo creciente...

Thala era una mujer ardiente, de eso no cabía duda, y el largo y profundo beso de Stefan la estaba excitando por momentos.

¿Cómo acabaría la cosa...?

Era lo que se preguntaba Stefan, mientras besaba y mordisqueaba sabiamente los carnosos labios de la reina de Gluco, jugosos y dulces como la más sabrosa de las frutas.

La respuesta, se la dio la propia Thala cuando el beso concluyó.

Sin pronunciar una sola palabra, pero mirándole con ojos encendidos, se soltó el ancho cinturón dorado y se despojó de la atrevida túnica, quedando completamente desnuda a los ojos del terrestre.

Bueno, conservaba todavía el triángulo de tejido plateado y brillante que protegía su más íntimo rincón de mujer. Seguía sosteniéndose por sí solo, sin ayuda de nada.

Era todo un misterio.

Un misterio que muy pronto quedaría desvelado, porque estaba claro que la reina Thala deseaba hacer el amor con Stefan Korner, y pobre de éste si se negaba a satisfacerla sexualmente, después de haber encendido la llama del deseo en ella, con su fogoso y experto beso.

Pero, ¿quién pensaba negarse...?

¡Stefan, desde luego, no!

A pesar de los latigazos. Y del potro de tortura. ¡Thala estaba demasiado tremenda para rechazarla!

***

Miklos, Dana, Ulli, Olga y Karin habían sido encerrados en una de las celdas del palacio, ubicadas también en los sótanos. Sus ropas, así como las de Stefan, fueron dejadas por los guerreros en el suelo de la mazmorra.

—Si no tuviéramos las manos atadas, podríamos ponernos los trajes y las botas —dijo Dana.

—¿Qué prisa tienes? A mí me gustas más así —aseguró Miklos,

posando sus ojos en los bellos y altivos senos de Dana Glans.

Ella no pudo reprimir una sonrisa.

—Eres un maldito bribón, Miklos.

—Y tú una chica preciosa, Dana.

—¿No decías que ibas a olvidarte de mí...?

—Eso es imposible. Aunque tú dijiste que te alegrarías, si no recuerdo mal.

—No fui sincera al decirlo, y tú lo sabes.

—Tampoco yo lo fui. Estoy loco por ti, Dana.

—Yo también te quiero, Miklos —respondió Dana Glans, ofreciéndole los labios.

Miklos la besó, lamentando no poder abrazarla.

Ulli Kaltz lanzó un suspiro.

—Qué escena tan tierna...

—¿Por qué no los imitamos, Ulli? —sugirió Olga Welzl, con pícara sonrisa.

El pelirrojo la miró.

Primero, a los ojos.

Después, de cuello para abajo.

—Es una lástima que tenga las manos atadas a la espalda —rezongó.

—¿Por qué dices eso, Ulli?

—Siento deseos de pellizcarte ciertas cosas.

—¿Para demostrarme que sigo viva?

—Bueno, no exactamente.

—Bien, si no puedes pellizcarme, al menos podrás besarme.

—¿En los labios?

—Donde prefieras.

—Qué cielo de chica —sonrió Ulli, y unió su boca a la de la morena.

Pero, tan sólo unos segundos después, bajaba la cabeza y empezaba a besar los exuberantes senos de Olga, arrancándole un gemido de placer.

Dana emitió otro gemido idéntico, porque también Miklos le estaba besando los pechos, sin que ella opusiera la más leve resistencia.

Karin Schmit soltó un gruñido.

—Queréis ponerme los dientes largos, ¿eh? Miklos, Dana, Ulli y

Olga se echaron a reír.

—Echas de menos a Stefan, ¿eh, Karin? —dijo el primero.

—Puede estar pasándolo muy mal.

—O muy bien, depende —repuso Ulli.

—¿Qué quieres decir?

—Que la belleza morena no puede estar mejor de lo que está, y si es cierto que se ha encaprichado de Stefan...

Karin apretó los dientes.

—Si no tuviera las manos atadas, te ponía un ojo negro de un puñetazo, Ulli.

El pelirrojo rió.

—No te enfades, Karin. Sólo era una broma. Lo más seguro es que la belleza morena y Stefan estén jugando al ajedrez. ¿O no se conocerá aquí ese juego...?

—Seguro que no, Ulli —opinó Miklos—. Pero conocerán otros juegos y la belleza se los debe de estar enseñando a Stefan.

Karin lo miró duramente.

—¿Vas a empezar a pincharme tú ahora, Miklos?

—Era otra broma, Karin. La verdad es que le debemos mucho a esa mujer, y Stefan debe de estar convenciéndola de que somos sus amigos, no sus enemigos.

—Ojalá lo consiga —suspiró Dana.

—Lo conseguirá, no lo dudes —aseguró Ulli—. Stefan siempre consigue todo lo que se propone. Especialmente, si trata con una mujer joven y hermosa.

—¡Vete al diablo, Ulli! —rugió Karin.

Miklos, Dana, Ulli y Olga rompieron a reír de nuevo.

CAPITULO XI

Al cabo de dos horas largas, la puerta de la celda se abrió y Stefan Korner penetró en ella, acompañado de la reina Thala.

—¡Hola, camaradas! —exclamó, sonriente.

—¡Stefan! —gritó Karin.

—¡Tienes las manos libres! —observó Miklos.

—¡Y te han curado los latigazos! —añadió Ulli.

—La reina Thala se ocupó personalmente de mi —explicó Stefan, mirando a la belleza morena, que también sonreía.

—¿Thala?... —repitió Dana.

—Sí, ése es su nombre. Y el gigante se llama Bacath.

—A ése tengo ganas de pillarlo —mascculló Miklos.

—Ya le ajustaremos las cuentas, no te preocupes.

—¿Pudiste hacerte comprender por la reina Thala, Stefan? —preguntó Olga.

—Sí, aunque lo mío me costó. Por fortuna, Thala es una chica inteligente y ha aprendido algunas palabras de nuestro idioma. No muchas, pero son las más importantes. Hazles una demostración, reina Thala. Di algo a mis compañeros. Háblales.

La reina de Gluco entendió y dijo.

—Terrestres, amigos... No cautivos de Thala. Stefan y vosotros, invitados de Thala, no prisioneros... No más torturas. Bacath equivocado. ¡No deber aplicar tormento a terrestres. Thala recriminar a Bacath, por su comportamiento.

—¡Bravo, hermosa Thala! —aplaudió Stefan.

—¡Cuántas cosas le ha enseñado! —exclamó Miklos, asombrado.

—¡Eres un tío grande, Stefan! —dijo Ulli.

—Bueno, —hice lo que pude —sonrió modestamente Korner.

Karin Schmit, visiblemente mosqueada, preguntó:

—¿Qué te ha enseñado la reina Thala a ti, Stefan? Korner tosió.

—¿Cómo dices?

—Nada, olvídalo —gruñó la joven.

—Karin está un poco celosa, Stefan —rió Ulli.

—Pues, no tiene por qué.

—¿Estás seguro? —preguntó Karin, mirándolo ceñudamente.

Stefan carraspeó.

—Hablaremos de eso en otro momento, Karin. Lo primero es abandonar esta celda. Os soltaré las manos y nos pondremos nuestras ropas. Bueno, antes Thala curará los latigazos que recibieron Miklos y Ulli. Posee un bálsamo que es una maravilla.

—Ella sí que es una maravilla —murmuró Miklos. Dana lo oyó y le dio un pisotón.

—Cuidado con lo que dices, Miklos.

—Otra que está celosa —dijo Ulli, riendo.

Olga advirtió:

—Tú también «cobrarás», pecoso, como sigas comiéndote con los ojos a la reina Thala.

—Yo sólo quiero comerte a ti, morenaza mía. Y no con los ojos, sino con los dientes —Ulli se los mostró.

Olga no pudo contener la risa.

Stefan, Miklos y Dana también rieron.

Karin se limitó a sonreír, porque seguía atormentándole la idea de si habría habido algo íntimo entre Stefan y la cautivadora Thala.

***

Los cautivos terrestres ya habían abandonado la mazmorra, vestidos, aunque sin sus armas, de las cuales se había hecho cargo Bacath.

Un Bacath terriblemente contrariado por la liberación de los prisioneros terrestres, que habían pasado a ser invitados de la reina Thala, por expreso deseo de ésta.

Bacath, naturalmente, se había opuesto a dicha liberación, aunque de nada sirvió. Lo único que consiguió, fue impedir que Thala autorizase a los terrestres a recuperar sus poderosas armas.

Bacath hizo comprender a Thala que eso sería muy peligroso, y ésta aunque confiaba plenamente en Stefan y sus compañeros, reconoció que tal medida de prudencia no estaría de más, y autorizó a su hombre de confianza a que guardase en lugar seguro las' armas de los terrestres.

Stefan no las reclamó.

Mientras siguiesen gozando de la confianza de la reina Thala, no necesitarían sus armas para nada. Ya las reclamaría, cuando llegase el momento de abandonar el palacio.

La reina Thala había decidido organizar una fiesta en honor de sus invitados.

Los preparativos fueron muy rápidos, y la fiesta se celebró apenas una hora después de la liberación de los terrestres.

Una fiesta realmente fastuosa, en la que Stefan y sus compañeros pudieron degustar los más ricos manjares y paladear los más deliciosos licores.

Un grupo de músicos hacía sonar los más extraños instrumentos, pero la verdad es que no tocaban mal, y al compás de la alegre y exótica melodía, un grupo de bailarinas danzaban sensualmente, muy ligeras de ropa, lo que suponía un verdadero deleite visual para los invitados terrestres.

Para los varones, al menos.

Karin, Dana y Olga no prestaban tanta atención a las descaradas bailarinas, aunque no dejaban de reconocer que eran hermosas y que se movían como las anguilas.

Bacath se hallaba presente, claro, aunque no por su gusto.

Thala le había obligado a asistir a la fiesta.

En el transcurso de la misma, Bacath tuvo una idea, que hizo que sus labios se distendieran en una extraña sonrisa.

Ahora, se alegraba de haber asistido a la fiesta, porque en ella tendría la oportunidad de vengarse de los terrestres.

Y sin que la reina Thala pudiese culparle después. Todo sería muy natural, nadie podría acusarle de haber planeado una venganza contra los terrestres.

***

Las hermosas bailarinas se habían retirado ya, entre los aplausos de Stefan Korner y sus compañeros, y los músicos habían dejado de tocar sus complicados instrumentos.

De pronto, aparecieron dos musculosos individuos, luciendo escuetos taparrabos. Su piel morena brillaba, como si se hubiesen frotado el cuerpo con algún aceite especial.

Tenían aspecto de luchadores Y lo eran.

Dos de los mejores luchadores de todo Gluco.

La reina Thala explicó a Stefan Korner que iban a realizar una demostración de su fuerza y habilidad, para divertirles.

—¡Magnífico! —exclamó Stefan.

—Veremos si nos enseñan algo —dijo Miklos.

—Seguro que no —rezongó Ulli—. Las que nos enseñaban cosas, eran las bailarinas.

Olga le clavó el codo en el costado.

—Te lo estabas pasando bomba con ellas, ¿eh, bribón?

—Bueno, uno no es de piedra, y... —carraspeó el pelirrojo, mientras Miklos y Stefan reían.

Los campeones de lucha saludaron a la reina Thala, a Bacath, y a los terrestres, y comenzaron la exhibición. La lucha, aunque amistosa, resultó sumamente interesante, pues ambos campeones se emplearon a fondo, tratando cada cual de imponerse a su rival y proclamarse vencedor de la pelea.

La fuerza y la destreza de los dos luchadores, eran muy similares, y resultaba difícil adivinar el desenlace de la pelea.

Una pelea en la que, por cierto, valía todo. Golpes, agarrones, empujones, presas...

La pelea la ganaría el luchador que lograse dejar inconsciente al otro, o que le obligase a rendirse mediante una presa de la que le resultase imposible escapar.

De esta última manera, con una hábil presa, concluyó el combate.

El ganador volvió a saludar a los presentes, visiblemente satisfecho por su victoria.

Los terrestres le aplaudieron.

También aplaudieron al luchador derrotado, cuando éste saludó, pues la verdad es que había hecho tantos méritos como su rival para resultar vencedor.

Ambos campeones se disponían a retirarse, cuando Bacath se puso en pie y dijo:

—Un momento. Quiero luchar con el vencedor. La reina Thala lo miró.

—¿Tú, Bacath...?

—Sí, deseo que los terrestres admiren mi destreza en la lucha. ¿Me autorizas a pelear, Thala?

—Por supuesto, Bacath.

—Gracias.

Stefan y sus compañeros, como es lógico, no entendieron el breve diálogo que acababan de mantener la reina de Gluco y su lugarteniente, pero al ver que éste se despojaba del casco, del peto, de la falda de tiras de cuero, y de sus botas, conservando sólo el breve taparrabos rojo brillante, adivinaron que Bacath iba a enfrentarse al ganador del combate de exhibición.

En efecto, el luchador derrotado se retiró, pero el ganador esperó a Bacath. Y lo esperó con cara de preocupación, pues Bacath tenía fama de ser el mejor luchador de Gluco, y sabía que le iba a resultar muy difícil vencerle.

En seguida se vio que sí, que el ganador del combate anterior no iba a poder con el hercúleo Bacath, quien lo vapuleó de lo lindo antes de pillarlo en una presa terrible, de la que el luchador no pudo escapar, viéndose obligado a rendirse.

Bacath se irguió, orgulloso de su poderío físico y de su destreza en la lucha, y miró a Stefan, Miklos y Ulli, con gesto claramente desafiante.

—Me gustaría medir mis fuerzas con alguno de los varones extranjeros, reina Thala. ¿Quieres hacérselo saber, tú que has aprendido a hablar un poco su lengua...?

CAPITULO XII

La reina de Gluco titubeó.

Stefan Korner preguntó:

—¿Qué ha dicho Bacath, Thala?

—Querer luchar.

—¿Con uno de nosotros?

—Sí.

—Lo suponía —sonrió Stefan.

—¡Es la oportunidad que estábamos esperando! —exclamó Miklos, poniéndose en pie.

Ulli Kaltz se levantó también.

—Un momento, Miklos.

—¿Qué pasa?

—Quiero ser yo quien pelee con esa rata de Bacath.

—Yo soy más fuerte que tú, Ulli.

—Sólo eres más musculoso.

—También soy más alto.

—Eso era antes.

—¿Antes de qué?

—De que me estiraran en el potro de la tortura. Gané por lo menos quince centímetros.

Miklos Bask soltó una carcajada.

¡También me estiraron a mí, pelirrojo! ¿Lo has olvidado ya…?

—No, pero como yo soy más delgado, presté más que tu.

—¡No digas más tonterías, Ulli!

—Quiero luchar con Bacath, Miklos.

—¡Seré yo quien luche!

Stefan Korner se levantó y dijo:

—Estáis equivocados los dos. Yo lucharé con Bacath.

Miklos y Ulli lo miraron.

—¿Por qué tú, Stefan? —preguntó el primero.

—Me corresponde ese honor, por ser el segundo de a bordo de la «GALACTICA-V» —respondió Korner, con una irónica sonrisa.

—No es justo, Stefan —protestó Ulli.

—¿Por qué no?

—Nosotros nos levantamos primero.

—¡Yo, yo fui el primero! —recordó Miklos, golpeándose el pecho con un dedo.

—Lo siento, pero está decidido —dijo Stefan, soltándose ya el cinto.

—Bacath te odia más que a nosotros, Stefan —señaló Miklos.

—¿Por qué dices eso?

—Es verdad, y tú lo sabes. Te azotó con más rabia que a nosotros. Y eso que entonces aún no te habías hecho amigo de la reina Thala. Ahora debe de odiarte a muerte.

—Sí, creo que eso es lo que quiere Bacath, Stefan —habló el pelirrojo Ulli—. Matarte.

—Te romperá el espinazo, si puede —advirtió Miklos.

—Tranquilos, no lo permitiré —sonrió Korner, que ya se había descalzado y se estaba despojando del traje.

Karin Schmit se levantó y cogió del brazo al hombre que amaba.

—Ten mucho cuidado, Stefan.

—Lo tendré, no te preocupes.

—Bacath es un luchador muy peligroso, acaba de demostrarlo.

—Yo también sé pelear, Karin.

—Bacath no peleará limpio, estoy segura.

—Lo siento, pero no puedo ordenarle que se duche antes.

—¿Cómo? —parpadeó la muchacha.

Stefan rió.

—Era un chiste, Karin.

La joven bufó.

—¡No es momento para chistes, estúpido!

—Más respeto, que soy el segundo de a bordo.

—¡No estamos en la astronave!

—Pero sigo siendo tu superior. Y te sigo queriendo, no lo olvides.

Dana Glans sugirió:

—Deséale suerte con un beso, Karin.

—Sí, y de los buenos —añadió Olga Welzl.

Stefan lo hubiera recibido encantado, pero pensó que a lo mejor la reina Thala se mosqueaba si veía que Karin le besaba y tras un nervioso carraspeo dijo:

—No es necesario que me beses delante de todos, Karin.

—No, ¿eh? —repuso ella, mirando un instante a la hermosa Thala.

—Luego me darás él beso, ¿de acuerdo?

—¡Te lo voy a dar ahora! —gritó Karin.

Y se lo dio.

Un beso que valía por seis.

—¡Bravo, Karin! —aplaudió Dana.

—¡Así besa una mujer de verdad! —agregó Olga, aplaudiendo también.

Quien no aplaudía, era la reina Thala. Primero, porque no tenía costumbre.

Y, segundo, porque los temores de Stefan se habían confirmado.

Sí, a la reina de Gluco no le estaba haciendo ni pizca de gracia que Karin besara a Stefan. Y, menos, de aquella manera tan apasionada, pues más que besarle parecía que le estaba devorando los labios.

Cuando Karin separó su boca de la de él, Stefan miró a la reina de Gluco.

—Me estaba deseando suerte, Thala —dijo, sonriendo nerviosamente—. Es costumbre en nuestro planeta desearla con un beso.

—¿Suerte?... —repitió ella, seria.

—Sí, ya te lo he explicado.

—Thala también desear suerte a Stefan —decidió la reina, levantándose.

Y, ante la sorpresa de todos, le dio un soberano beso.

—¡Tendrá cara, la tía! —exclamó Karin, furiosa.

—Vaya si la tiene —murmuró Dana.

—Menudo beso le está dando... —añadió Oiga.

—¡Creo que voy a tirarme del pelo con ella! —rugió Karin.

—¡Que es una reina, Karin! —recordó Miklos.

—¡Como si fuera el As de Bastos!

—¡Frénate, loca! —gritó Ulli, sujetándola.

—¡Suéltame, pelirrojo, que me la como!

Stefan, que estaba oyendo lo que decía Karin, se separó bruscamente de la reina Thala y salió rápidamente al encuentro de Bacath, diciéndose que la mejor manera de evitar que Karin atacase a Thala, era empezar a luchar con el gigantesco Bacath.

***

Bacath era la imagen viva de la furia, porque el ver que la reina Thala pegaba su boca a la de Stefan, al tiempo que le abrazaba apretadamente, le había sentado peor que un rodillazo en lo que tenía de hombre. Y con razón, porque él era su amante.

El único que se acostaba con ella.

El único que podía gozar de su precioso cuerpo desnudo.

El único que podía estrecharla entre sus brazos y cubrirla de caricias.

Por todo ello, el odio que ahora sentía Bacath hacia Stefan Korner, era infinito.

Afortunadamente, para el hombre de confianza de la reina Thala, era Stefan quien había aceptado su reto, proporcionándole la oportunidad de hacerlo pedazos.

Pedazos, sí.

Bacath estaba dispuesto a quebrarle todos los huesos del cuerpo.

Y eso es lo que iba a hacer.

CAPITULO XIII

El luchador derrotado por Bacath se había retirado ya, silencioso y dolorido, por lo que nada impidió que el combate entre Stefan Korner y el brazo derecho de la reina Thala diera comienzo.

Tal y como supuso Stefan, Karin Schmit se olvidó instantáneamente de la reina de Gluco y prestó toda su atención a la lucha que acababan de iniciar el segundo de a bordo de la «GALACTICA-V» y el gigantesco Bacath.

También Miklos, Dana, Ulli y Olga se hallaban ahora exclusivamente pendientes del desarrollo de la pelea, que se intuía larga, dura y emocionante.

Los terrestres estaban nerviosos, pero la reina Thala aún lo estaba más, pues sabía que Bacath no tenía rival en todo Gluco, y veía muy difícil que Stefan pudiera vencerle.

Temía, también, que Bacath lastimara seriamente al terrestre en el transcurso del combate. Sería una manera de vengarse de él, y. Thala sabía que Bacath lo intentaría.

Pero ella no podía hacer nada por impedir el enfrentamiento, puesto que éste tenía carácter amistoso. Aparentemente, al menos, porque la realidad sería muy distinta.

La reina Thala, a pesar de los buenos ratos que había pasado entre los musculosos brazos de Bacath, deseaba fervientemente la victoria de Stefan Korner, en cuyos brazos, también fuertes, sólo había estado un rato, pero deseaba estar muchos ratos más, porque el apuesto terrestre la había hecho gozar plenamente y de una manera muy distinta, pues distinta era su manera de acariciar y excitar a una mujer, de poseerla, y de llevarla al éxtasis supremo.

Los compañeros de Stefan habían empezado a animar a éste, de cuya destreza en la lucha no dudaban. Pero todos eran conscientes de que se enfrentaba a un enemigo poderoso, vengativo; temible, en

cuyos ojos se leía claramente su intención de machacar a Stefan.

Un Stefan que, además, debía de acusar lógicamente los latigazos que recibiera en el pecho y los brutales tirones del potro de tortura, aunque hubiesen transcurrido ya algunas horas desde que fueran sacados de la cámara de tortura por orden de la reina Thala.

Stefan, en efecto, sentía molestias en el pecho y algo de dolor en todas sus articulaciones, pero se había mentalizado debidamente para olvidarse de todo ello y hacer frente sin temor al peligroso Bacath.

El terrestre sabía que se jugaba la vida en aquel combate, y no estaba dispuesto a perderla. Aparte de que tenía muchas ganas de hacerle pagar al malvado Bacath el mal rato que les había hecho pasar en la cámara de tortura.

La iniciativa de la pelea la había tomado Bacath, quien atacaba sin cesar con brazos y piernas, tratando de golpear y derribar a su adversario, para acto seguido pillarle en alguna de sus presas favoritas y deleitarse los oídos escuchando los crujidos de los huesos del terrestre.

Sin embargo, Stefan Korner se movía con envidiable agilidad, esquivando los continuos ataques del gigante moreno.

Pero el terrestre no se conformaba con eso, y siempre que tenía oportunidad, contraatacaba, golpeando a su rival, más lento de reflejos que él.

Bacath sentía que su cólera crecía por momentos, al ver que no conseguía golpear y derribar a su enemigo, y redobló sus esfuerzos por atraparle.

La fortuna se puso de su parte, al permitir que Stefan resbalara tras uno de sus ágiles saltos y cayera al suelo.

Bacath no desaprovechó su gran oportunidad de atrapar al terrestre, y se arrojó sobre él como una pantera.

Stefan no pudo apartarse a tiempo, y el gigante de piel oscura y brillante le hizo una terrible presa. Miklos, Ulli, Karin, Dana y Olga se estremecieron, adivinando que a Stefan le iba a resultar muy difícil librarse de la presa que le había hecho Bacath.

—¡Lo ha cogido! —gimió Karin.

—¡Escápate, Stefan! —gritó Ulli—. ¡Escápate o te romperá el esqueleto! —¡Inténtalo, Stefan! —chilló Dana.

—¡Por favor, no dejes que ese bestia te triture! —suplicó Olga.

Stefan Korner luchaba con todas sus fuerzas por escapar de la terrible presa, pero no encontraba la manera.

Los hercúleos brazos de Bacath apretaban más y más, haciendo crujir los huesos del terrestre.

La reina de Gluco, antes de que Stefan sufriera un daño irreparable, gritó:

—¡Stefan rendir! ¡Stefan rendir!

Pero Stefan no se rindió, y siguió pugnando por escapar de la férrea presa.

Miklos apretó los puños.

—Stefan no se rendirá. ¡Voy en su ayuda!

—¡Quieto, Miklos! —ordenó Korner.

—¡No puedo permitir que Bacath acabe contigo, Stefan!

—¡Es una orden, Miklos!

Miklos Bask no tuvo más remedio que frenarse.

Ulli Kaltz aconsejó:

—¡Ríndete, Stefan! ¡Ríndete o te partirá' en dos!

—¡No!

—¡Maldito cabezota!

Stefan Korner realizó un último y titánico esfuerzo por zafarse de los acerados brazos de Bacath.

¡Y lo consiguió!

¡Había escapado de la presa!

Bacath, rabioso, intentó atraparle de nuevo, pero Stefan tomó ahora la iniciativa del combate y atacó sin tregua, porque era la única manera de evitar que el gigante le atrapara de nuevo.

El terrestre, para quien las artes marciales orientales no tenían ningún secreto, empezó a golpear a su rival con el filo de sus manos, con los codos, con los talones.

Y golpeaba siempre en los puntos vitales de la poderosa anatomía de Bacath; quien, incapaz de frenar la lluvia de golpes, emitía un rugido tras otro.

Eran rugidos de rabia y de dolor, de cólera, de impotencia.

Quería reaccionar, pero no podía.

Stefan se había convertido en una máquina de repartir golpes, y el gigante moreno los recibía todos. Bacath cayó de rodillas, encogido.

El siguiente golpe, en la nuca, puso fin a la pelea, pues dejó sin sentido al hombre de confianza de la reina Thala.

***

La victoria de Stefan Korner fue recibida con gran alborozo por parte de sus compañeros, que corrieron a felicitarle.

Miklos y Ulli lo abrazaron, y Karin, Dana y Olga, además de abrazarle, le besaron repetidas veces.

La reina Thala no quiso ser menos, y también ella abrazó y besó al terrestre, muy feliz por su victoria sobre el invencible Bacath.

Karin Schmit se enfadó menos que la otra vez, pero se enfadó, porque ver a la hermosa Thala en brazos de Stefan despertaba sus celos, no podía evitarlo.

En esta ocasión, sin embargo, no protestó, pues en el fondo se alegraba de que la reina Thala hubiese preferido la victoria de Stefan a la de Bacath.

El lugarteniente de Thala fue retirado por dos guerreros, y llevado a sus habitaciones, junto con su indumentaria.

Stefan se vistió y la fiesta continuó, apareciendo de nuevo las bailarinas, tan ligeras de ropa como antes. Miklos y Ulli se pusieron a. aplaudir, ganándose sendos codazos de Dana y Olga, respectivamente.

De pronto, la reina Thala se puso en pie, cogió de la mano a Stefan Korner, y tiró de él.

—¿Adónde me llevas, Thala...?

Ella le sonrió sensualmente.

—Stefan seguir.

—De acuerdo.

—¡Stefan¡ —lo llamó Karin, ceñuda.

Korner carraspeó.

—¡Vuelvo en seguida, Karin! ¡Thala quiere enseñarme una cosa!

—¡Adivino lo que es!

—¡No pienses mal, cariño!

—¡Te prohíbo que hagas el amor con ella!

—¡Por favor, Karin! ¿Quién piensa, en eso?

—¡Thala, lo leo en sus ojos!

—¡Figuraciones tuyas!

—¡Como me entere de que te has acostado con ella, te arrancaré los tuyos, te lo advierto¡

—¡Tranquila, no pasará nada!

Stefan y Karin no pudieron seguir hablando, porque la reina Thala ya había sacado al terrestre del lujoso salón en donde se estaba celebrando la fiesta.

Thala llevó directamente a Stefan a sus aposentos. Y, apenas entrar en ellos, se echó en los brazos del terrestre y le besó fogosamente en los labios.

Stefan le devolvió el beso, claro.

Era humano.

Thala se separó ligeramente de él y se abrió el dorado cinturón, despojándose seguidamente de la corta túnica, para ofrecerse completamente desnuda al terrestre.

—Stefan amar a Thala —dijo, con ojos ardientes.

Korner respingó.

—¿Otra vez...?

—Muchas veces.

—¡No soy una máquina, Thala!

—¿Máquina?...

—Sí, eso he dicho.

—¿Qué ser máquina?

—Lo que tú necesitas, por lo visto. Una máquina de hacer el amor.

La reina de Gluco sonrió.

—Hacer el amor, sí. Stefan y Thala hacer el amor —dijo, obligando al terrestre a caer sobre unos almohadones.

Le estaba abriendo ya el traje, cuando Stefan vio surgir a Bacath, esgrimiendo su puñal.

—¡Aparta, Thala! —gritó, empujándola.

La reina de Gluco rodó por el suelo.

—¡Muere, perro extranjero! —rugió Bacath, arrojándose sobre el terrestre.

Stefan hizo girar su cuerpo con rapidez, salvando así la vida, pues la destellante hoja del puñal de Bacath se incrustó en uno de los almohadones.

El gigante moreno lanzó un bramido de furia, por su fallo, y desclavó velozmente el puñal.

—¡Quieto, Bacath! —ordenó Thala—. ¡Serás castigado por esto, maldito loco!

—¡No, nadie me castigará! ¡Mataré al extranjero y luego te mataré a ti! ¡Diré a todos que el extranjero te asesinó, y que yo vengué tu muerte, matándolo a él! Y yo seré rey de Gluco, Thala!

Al conocer las intenciones de Bacath, la reina Thala gateó desnuda hacia el gong, para llamar a sus guerreros, pero el gigante moreno se lanzó sobre ella, blandiendo su puñal.

—¡Muere, Thala!

Y Thala hubiera muerto, de no ser por Stefan Korner, quien se lanzó a su vez sobre Bacath y le sujetó el brazo derecho, impidiéndole hundir su puñal en la preciosa espalda de la reina de Gluco.

Bacath lanzó un ladrido de rabia.

Intentó librarse del terrestre, pero éste le había montado a la espalda y no estaba dispuesto a soltarle.

Stefan apretó despiadadamente la muñeca de Bacath, para obligarle a soltar el puñal.

El gigante realizó un brusco movimiento con su mano, intentando recuperar la libertad de su brazo derecho, pero la cosa no pudo salirle peor, ya que la hoja del puñal se clavó en su cuello, atravesándolo literalmente.

Bacath gorgoteo, con los ojos extremadamente abiertos, mientras la sangre escapaba a chorros de su garganta. Una sangre muy roja, que también empezó a brotar de su boca.

Las fuerzas le abandonaban por segundos. Se moría irremisiblemente.

Poco después, Bacath era ya cadáver.

EPILOGO

La muerte de Bacath no causo ninguna pena a la reina Thala, porque ahora ya sabía la clase de bicho que era su hombre de confianza.

La clase de bicho que había sido, más bien, puesto que ya no existía.

Además, a lugarteniente muerto, lugarteniente puesto, y Thala ya sabía a quién poner en sitio del traidor de Bacath, a Stefan Korner.

Y así se lo hizo saber al terrestre.

Stefan se mostró muy agradecido, pero rechazó amablemente el nombramiento, haciendo comprender a la reina Thala que él no podía quedarse en Gluco.

La «GALACTICA-V» vendría pronto en busca de él y de sus compañeros, y tendrían que proseguir su viaje de exploración espacial.

La reina Thala se llevó una gran desilusión, pero no insistió.

Y, como el cadáver de Bacath ya había sido retirado por los guerreros, Thala invitó de nuevo al terrestre a hacer el amor con ella.

Stefan, claro, no tuvo más remedio que complacerla. Más tarde, y cumpliendo los deseos de Stefan Korner, la reina Thala les devolvió las armas a los terrestres y les proporcionó unicornios, para que pudiesen trasladarse en ellos hasta el lugar en donde cayera su nave.

La propia Thala, acompañada de algunos de sus guerreros, guió a Stefan y sus compañeros hasta allí. Casualmente, a los pocos minutos de haber alcanzado el lugar, aparecía en el cielo la «GALACTICA-V», que poco después se posaba en el amplio claro del bosque.

El comandante Grothum y algunos de los miembros de la tripulación descendieron de la astronave, siendo informados por Stefan y sus compañeros de todo lo acontecido.

El comandante Grothum explicó que la «GALACTICA-V» también había caído en el campo de fuerza, del que afortunadamente logró salir, gracias al extraordinario poder de la astronave. Poco después, descubrían el pequeño planeta y comenzaban a sobrevolarlo, aunque a mucha altura, buscando con la cámara telescópica la pequeña nave de reconocimiento, que finalmente encontraron en medio de aquel frondoso bosque, gracias al claro que formaron Miklos y Ulli con las sierras eléctricas.

Por fortuna, los seis estaban sanos y salvos, aunque habían pasado momentos realmente angustiosos en Gluco, y el comandante Grothum se sentía muy feliz de haberlos hallado con vida.

La nave averiada fue cargada en el hangar de la «GALACTICA-V», en donde sería reparada sin prisas, y poco después la poderosa astronave terrestre despegaba de Gluco, tras haberse despedido todos de la reina Thala y sus guerreros.

Thala, por supuesto, le dio un fenomenal beso de despedida a Stefan Korner, despertando nuevamente los celos de Karin Schmit.

Celos que Stefan se encargó de eliminar haciendo el amor con Karin, poco después de que la «GALACTICA-V» abandonara Gluco.

Tenía que hacer creer a Karin que no había habido nada íntimo entre la reina Thala y él, y no existía otra manera que hacerle el amor larga y apasionadamente, sin fallos, sin decaimientos, sin pausas injustificadas, para que Karin no sospechara que era la tercera vez que realizaba aquel «ejercicio» en el mismo día.

¿Lo conseguiría...?

Stefan tenía sus dudas al respecto, pero por él no iba a quedar, desde luego.

En último caso, podía echar las culpas a los latigazos y los tirones del potro del tormento. Y a su feroz combate con Bacath.

¡Que eso también debilitaba, demonios!

FIN